

Unidad 8

- Los Toltecas

- 8.1 El quinto sol.
- 8.2 Los estados sucesores.
- 8.3 La gran tollán.
- 8.4 Los principios.
- 8.5 La ciudad.
- 8.6 La era tolteca.
- 8.7 La influencia en las tierras mayas.
- 8.8 La vida en tula.

V. TULA

EL QUINTO SOL

DESPUÉS del gran éxodo de Teotihuacán, abandonado por sus "sabios", fray Bernardino de Sahagún anota lo que sus informantes le dijeron sobre el nacimiento de un nuevo mundo, conocido como "Quinto Sol", que ocurrió entre las ruinas de la destruida ciudad.

Decían que antes que hubiese día en el mundo que se juntaron los dioses en aquel lugar que se llama *Teotihuacan* [...], dijeron los unos a los otros dioses: "¿Quién tendrá cargo de alumbrar al mundo?"

Luego a estas palabras respondió un dios que se llamaba *Tecuciztécatl*, y dijo: "Yo tomo cargo de alumbrar al mundo". Luego otra vez hablaron los dioses, y dijeron: "¿Quién será otro?" [...]

Uno de los dioses de que no se hacía cuenta y era buboso, no hablaba sino oía lo que los otros dioses decían, y los otros habláronle y dijéronle: "Sé tú el que alumbres, bubosito"... [el buboso se llamaba *Nanauatzin*].*

Las dos deidades hicieron penitencia, una sobre la Pirámide del Sol, la otra sobre la Pirámide de la Luna.

El dios *Tecuciztécatl* todo lo que ofrecía era precioso. En lugar de ramos ofrecía plumas ricas que se llamaban *quetzalli*, y en lugar de pelotas de heno ofrecía pelotas de oro, y en lugar de espinas de maguey ofrecía espinas hechas de piedras preciosas, y en lugar de espinas ensangrentadas ofrecía espinas hechas de coral colorado; y el copal que ofrecía era muy bueno.

...*Nanauatzin*, en lugar de ramos ofrecía cañas verdes atadas de tres en tres, todas ellas llegaban a nueve [...]; y en lugar de copal, ofrecía las postillas de las bubas.**

Después de esto, se vistió a las víctimas ritualmente, y se les cubrió con adornos de papel y de plumas. Los otros dioses se acomodaron en torno a una gran fogata, en la que se habrían de inmolar las víctimas. El pequeño dios sifilitico se arrojó sin hesitar al fuego, pero su compañero retrocedió cuatro veces antes de hacerlo; en consecuencia, fue el último de los dos que salió de la hoguera. La leyenda narra que un águila y un jaguar los siguieron al fuego; como resultado, las plumas del águila se ennegrecieron desde entonces, mientras que el jaguar sólo se quemó un poco antes de escapar y quedó cubierto de manchas negras. En el Quinto Mundo,

* Sahagún, *op. cit.*, libro VII, "Que trata de la Astrología Natural, que alcanzan estos naturales de esta Nueva España", p. 432. [T.]

** *Ibid.*, p. 432. [T.]

en cuyo nacimiento participaron, el águila y el jaguar habrían de simbolizar el valor y la encomienda.

Después de que Tecuciztécatl salió del fuego, uno de los dioses se acercó corriendo y le arrojó un conejo al rostro “y oscurecióle la cara y ofuscóle el resplandor, y quedó como ahora está su cara”. Así, él se convirtió en la Luna, pues las sombras de su superficie semejaban para los mexicanos el perfil de un conejo.

Los dioses que se habían transformado en el Sol y la Luna seguían inmóviles y no hubo aurora.

...y luego el viento comenzó a soplar y ventear reciamente, y él le hizo moverse [al Sol] para que anduviese su camino; y después que el sol comenzó a caminar la luna se estuvo queda en el lugar donde estaba.

Después del sol, comenzó la luna a andar; de esta manera se desviaron el uno del otro...*

La alegoría del nacimiento del Quinto Sol, supuestamente en Teotihuacán, expresa la resolución espiritual del México antiguo de no perecer sino, a la manera del ave Fénix, resurgir de las ruinas del mundo clásico, guiado por nuevos líderes, asentado en nuevos lugares y consolado por nuevos dioses. La cultura de Mesoamérica habría de adquirir ahora formas distintas que en muchos aspectos eran diferentes a las del pasado.

El periodo que siguió al nacimiento del nuevo sol se conoce comúnmente como postclásico. Habría de alcanzar su auge en el siglo que precedió a la invasión española en 1519, y que presencié las abrumadoras conquistas del Imperio Azteca. Pero entre la caída de Teotihuacán y el surgimiento de los aztecas hay más de seis siglos —punto que no siempre se les aclara a quienes visitan México cuando conocen los restos de ambas culturas.

Durante la primera parte de este largo intervalo, el centro de gravedad se desplazó y el México central quedó bajo el control de los toltecas, cuya capital era Tula, situada aproximadamente a 64 kilómetros al noroeste de la ciudad de México; su fase de expansión fue muy breve y duró más o menos de 950 a 1150 d.c.

El espíritu de la nueva era, ya fuera en Tula o en su ciudad hermana de las tierras mayas, Chichén Itzá, está expresado en un arte dedicado a temas guerreros, en oposición a las formas más serenas de la era clásica. En Tula, los relieves de piedra y los frisos pintados muestran guerreros armados hasta los dientes, o procesiones de jaguares depredadores, perros, coyotes y águilas, símbolos de la guerra; de sus colmillos y picos cuelgan corazones humanos, de los que caen cuajarones de sangre. En comparación con Teotihuacán, el arte postclásico parece más bien sombrío y grave, como si toda la alegría de la vida hubiera desaparecido. Un producto típico del nuevo espíritu es el *chac mool*, una figura angular de piedra que se encuentra en muchas partes, inclusive en Tula y Chichén, y está esculpida en una

* *Ibid.*, p. 434. [T.]

pose extraña y contorsionada con la cabeza en ángulo recto con respecto al cuerpo (véase figura 27, p. 138). El chac mool invariablemente lleva en sus manos un recipiente de piedra, que no sirve para ningún propósito obvio, y que a veces se creyó funcionaba como receptáculo de alguna ofrenda inocente para los dioses, por ejemplo, pétalos de flores. Sin embargo, un chac mool posterior, que proviene de la época azteca, tiene un recipiente diferente, más parecido a los que recibían los corazones humanos ofrecidos al Sol. También en este periodo aparecen los primeros altares de cráneos que se conocen;* se convirtieron en un rasgo típico de la arquitectura azteca, mencionado con frecuencia por los conquistadores españoles.

La Tula que vemos hoy en día es posterior a 1000 d.c., más de dos siglos después de la caída de su predecesora. Durante el intervalo que separó la caída de Teotihuacán del surgimiento de Tula, la civilización de Mesoamérica se mantuvo viva en otros tres centros: Xochicalco, El Tajín y Monte Albán. Ciertamente cambio de énfasis ya es visible en su arquitectura y arte; por ejemplo, Xochicalco se encuentra en un elevado cerro y estaba sumamente fortificado, en tanto que en El Tajín el culto a la muerte es visible en todas partes.

La aurora de una era claramente militarista en México es parte de un patrón mundial. Julian Steward, al escribir sobre el cambio cultural, define las etapas por las que pasaron las culturas del Viejo y del Nuevo Mundo; después de un periodo formativo o preclásico llega el "florecimiento regional", que corresponde al clásico de México, al cual siguen las "conquistas iniciales", que se pueden identificar con el postclásico temprano o era tolteca. Durante este periodo, tal como lo define Steward, surgen los estados guerreros; en México el gobierno se hizo más secular, lo que condujo a un aumento de poder en el palacio en detrimento del poder del templo.

Sin embargo, estos cambios están mal definidos en México, en comparación con el antiguo Cercano Oriente, en donde abundantes textos enriquecen la información arqueológica. La discusión de las razones por las cuales desaparecieron ciertos "imperios" en el Nuevo Mundo, después de una existencia relativamente breve, se ha centrado en el colapso maya. Pero la caída de Teotihuacán y su retroceso de metrópoli a aldea fue igual de espectacular y es parte de la misma historia, aunque haya ocurrido bastante antes; probablemente ciertos factores básicos explican ambos casos.

Una aureola de romanticismo rodea la caída de las ciudades mayas que durante tanto tiempo desafiaron los rigores de la selva del Petén, donde pocas personas han elegido vivir desde entonces. Las primeras explicaciones de este "misterio", como resultado de plagas o terremotos, en su mayoría están descartadas en la actualidad.

En el derrumbe de Teotihuacán y de las ciudades mayas clásicas hay un patrón parecido, aunque las circunstancias no fueron idénticas. Una secuencia similar de eventos pudo producir el final de La Venta y de otros cen-

* Se trata de los *Tzompantli*. [T.]

tros olmecas de Tabasco miles de años antes. Y, en realidad, los mismos problemas habrían eventualmente abrumado a los aztecas si los españoles no hubieran dado fin prematuro a sus obras.

Las grandes culturas de México, se trate de Teotihuacán o de los mayas (a los cuales también se ha aplicado la palabra "imperio"), eran gigantes con pies de barro desde el punto de vista económico, debido a la ausencia casi total de progreso tecnológico y a la falta de medios de transporte adecuados; la tierra cercana por lo común se cultivaba de tal manera que casi era seguro que los rendimientos de las cosechas disminuyeran con el transcurso del tiempo. Y cuando los campos perdían su fertilidad, debido a estos métodos de cultivo poco previsores, la única bestia de carga para traer alimentos de más lejos era el propio hombre, lo cual ejercía una presión adicional sobre los recursos humanos.

Además, como no había animales de tiro, no sólo no se utilizaba la rueda (aunque se han encontrado juguetes con ruedas), sino que nunca se inventó el arado. En vez de esto, se continuó con el uso del bastón sembrador pese a que tenía serias desventajas. Después de que la tierra se limpiaba y cultivaba, en los valles crecía una espesa capa de hierbas; estas tierras debían dejarse sin cultivar y la agricultura se limitaba a las empinadas laderas de los cerros, en las que se construían terrazas, ya que el bastón sembrador no podía penetrar la capa de hierbas.

Como hemos visto en el caso de Teotihuacán, estas deficiencias técnicas eran una obvia fuente de tensiones sociales y hacían que una ciudad estuviera más expuesta a presiones exteriores, se tratara de Teotihuacán, Tula o la selva del Petén. Surgió un desequilibrio entre las demandas de la ciudad y el producto de las tierras vecinas que controlaba. Por una parte, se dejaba sentir la necesidad de controlar una mayor superficie de tierra, debido a la erosión del suelo cerca del centro; pero en ese mismo momento se debilitaba la voluntad de conservar este dominio vital. Como será evidente al referirnos a los aztecas, los antiguos mexicanos nunca desarrollaron un mecanismo para ejercer un control estrecho sobre las regiones, como lo hicieron, por ejemplo, los romanos. Sin un sistema parecido, era muy fácil que todo el aparato del Estado se desintegrara en momentos de tensión; cuando todavía estaba en su apogeo, el Imperio Azteca tuvo que tratar con rebeliones continuas en sus provincias.

Quizás debido a que su población sólo era una fracción de la de Teotihuacán, y por lo tanto sus necesidades de alimentos eran menores, las ciudades-Estado mayas duraron mucho más. El mismo razonamiento es aplicable con mayor razón a los olmecas, cuyo número era menor y cuya decadencia fue más gradual, aunque algunos centros aislados hayan caído rápidamente. Entre los mayas, cualesquiera que fueran las presiones internas, las del exterior se pudieron desarrollar con más lentitud, ya que muchos sitios estaban protegidos por un muro de selva. Además, su caída no fue inmediata; hoy en día ya no se acepta la idea romántica de que la civilización maya desapareció de la noche a la mañana, y en algunos sitios se

ha descubierto una fase decadente antes del final definitivo, durante la cual no se erigieron monumentos fechados y se utilizaron formas más sencillas de cerámica.

Se han sugerido muchas causas para el colapso de los reinos en el México antiguo; entre éstas se cita con frecuencia las rebeliones de los agricultores. Pero si el deterioro ecológico produjo tensiones sociales, es poco probable que éstas hayan conducido a levantamientos armados; la lucha de clases es un concepto europeo, menos aplicable a sociedades como las del antiguo México, donde cualquier reto al rango y privilegio habría sido un acto de desafío a los dioses. Si tal desafío ocurrió alguna vez en Mesoamérica, las multitudes temerosas de los dioses, a las que a veces se les describe como "oprimidas", probablemente tomaron el partido del sacerdocio reaccionario. Por otra parte, las divisiones de la clase gobernante son una causa más probable del debilitamiento. Es más fácil aceptar estas divisiones a medida que la tierra cercana producía menos y era más difícil conseguir alimentos, o se les tenía que traer de más lejos; esto dejaba un producto menor para ser dividido entre los poderosos, que tenían la costumbre de tomar la mayor parte para ellos mismos.

En *Sons of the Shaking Earth*,* Eric Wolf describe muy acertadamente el cambio del clásico al postclásico con el título "La llegada de los guerreros". Destaca el factor sociológico y la falla fatal en la sociedad teocrática o clásica, consistente en el desequilibrio básico entre la "ciudad sagrada" y el área vecina que controlaba, entre la ciudad y la provincia. Tal como lo expresa, tanto la ciudad como el campo se desarrollaron relacionados entre sí, pero el crecimiento del centro fue más opulento y notorio. Aunque al igual que otros, exagera la probabilidad de una reacción popular con la forma de un enfrentamiento físico entre los ricos y los pobres, indica correctamente el contraste entre el centro, repleto de riqueza, y periferia más pobre; esto hacía que el Estado fuera más vulnerable a ataques desde afuera, así como desde dentro.

El propio Wolf subraya el otro factor constante en el proceso de cambio: la amenaza de los merodeadores que penetraban en las fronteras; a veces se les puede identificar, como en la Hacienda Metepec, con los portadores de una cerámica más burda que representa una forma de retroceso a los estilos preteotihuacanos.

La decadencia económica, que provocó ciertas tensiones sociales y una respuesta más débil ante las amenazas externas, es por lo tanto una razón válida para el colapso general. Sin embargo, al buscar sus causas pocas veces se presta la atención debida al factor espiritual; en México, Teotihuacán llegó a ser virtualmente abandonada, seguida por El Tajín, Xochicalco, Monte Albán y los grandes centros de la selva maya. En el Viejo Mundo, lugares como Ur sufrirían una caída y luego volverían a surgir y a predominar; Roma, en particular, se habría de convertir en la "Ciudad

* Versión esp., *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, Ediciones Era, México. [T.]

Eterna". Pero en Mesoamérica sólo Cholula demostró tener la capacidad para sobrevivir.

En México una ciudad era tanto la residencia de los dioses como la de los mortales ordinarios. Como regla, estos dioses tendían a ser juzgados por los resultados inmediatos; si ocurrían males, las deidades locales habían abandonado a sus fieles. Cuando se creía que esto había pasado, la ciudad era despojada de su magia anterior y dejaba de ser la "ciudad sagrada" de que habla Wolf. Cuando Tenochtitlán, la capital azteca, estaba a punto de sucumbir ante el invasor español, se levantó un clamor angustiado: "los dioses nos han abandonado". La pérdida de esta aureola de santidad ayudaría a explicar el abandono de muchos lugares y la destrucción de sus ídolos.

Hay mucha evidencia, ya sea en La Venta, Teotihuacán, la selva del Petén o después en Tula, de monumentos destruidos metódicamente y de edificios quemados hasta los cimientos. Como hemos visto, Millon sospecha que en Teotihuacán los mismos sacerdotes destruyeron sus templos, y esto también puede ser cierto entre los olmecas y otros pueblos.

LOS ESTADOS SUCESOSES

De las ciudades que florecieron en la era clásica, la gran Teotihuacán, quizás debido a su tamaño, fue la primera en caer. Los centros mayas sobrevivieron otro siglo; en el más grande, Tikal, la último estela tiene la fecha de 869 d.c., y hacia 889 d.c. casi todas las principales ciudades mayas habían producido su último jeroglífico de fechamiento; su complejo sistema para registrar el tiempo mediante la cuenta larga fue abandonado.

Más cerca del altiplano Teotihuacán, Xochicalco al sur de la ciudad de México, Monte Albán más al sureste, cerca de Oaxaca, y El Tajín hacia la costa del Golfo de México, continuaron existiendo. A éstos debe añadirse el excavado hace poco, Teotenango, cerca de Toluca, al oeste de la ciudad de México. Parece que Xochicalco sobrevivió a la metrópoli aproximadamente dos siglos, en tanto que Monte Albán y El Tajín continuaron un poco más, quizás hasta 1000 d.c. Teotenango todavía existía en tiempos de la conquista. Casi todo lo que sabemos de estos sitios se deriva de la arqueología y no de las fuentes escritas, excepto en el caso de Teotenango, del cual el cronista del siglo xvii, Francisco Chimalpain, escribe detalladamente y lo muestra como un rival de Tula por al esplendor de sus monumentos, una historia que en gran medida puede ser falsa.

Xochicalco, Monte Albán y El Tajín han sido descritos por Wigberto Jiménez Moreno, reconocido historiador del México antiguo, como "Estados sucesores" de la metrópoli. Esta definición puede ser adecuada, pero sólo dice parte de la historia, ya que un largo periodo de su existencia coincidió con la de Teotihuacán. No obstante, ya que su caída fue posterior, subsistieron para proporcionar una relación entre el México clásico y el postclásico. Debido a la baja densidad de población en esta época, había suficiente

tierra para todos y las ideas de que estos centros eran parte de un "imperio" teotihuacano, contra el cual lucharon en una especie de guerra de independencia, no se basan en evidencias de ninguna clase. Imaginar que Xochicalco o El Tajín enviaron ejércitos para derrotar a Teotihuacán, de manera similar a la forma en que, digamos, Prusia aplastó a Francia en 1870, es interpretar una vez más al México antiguo a la luz de la historia europea moderna.

Estos cuatro centros, a pesar de sus diferencias, tienen ciertos rasgos en común. La ubicación de cada uno es espectacular, y para el visitante moderno quizás tengan un atractivo más inmediato que las despojadas ruinas del propio Teotihuacán, tan cercano a la ciudad de México y tan lleno de visitantes.

Aunque, como ya se explicó, los edificios más antiguos de Monte Albán en el estado de Oaxaca son anteriores a Teotihuacán, y se remontan a los tiempos olmecas, el sitio tal como se le ve hoy en día corresponde principalmente a la última parte de Monte Albán III, que coincide con las últimas fases de Teotihuacán y con la era postteotihuacana. Fue construido por los zapotecas, que aún habitan parte de la región, y cuya capital fue Monte Albán hasta que fueron expulsados por los mixtecas, varios siglos después de la caída de Teotihuacán, aunque la ciudad había perdido el control de la mayor parte de la región circundante mucho antes de que esto ocurriera.

Fuertemente influido por Monte Albán, con el que comparte muchos jeroglíficos, está Xochicalco, situado 113 kilómetros al sur de la ciudad de México; a poca distancia de la carretera que va de Cuernavaca a Taxco. Xochicalco, a su vez, habría de ejercer una notoria influencia sobre Tula y otros sitios del periodo tolteca; al igual que Monte Albán, domina un panorama espectacular del valle que se encuentra a sus pies, y también la mejor hora para visitarlo es antes de la puesta del Sol. Sus ruinas se extienden sobre toda una serie de cimas de cerros, a las que se dio la forma de terrazas y plataformas, y cubren más de 25 hectáreas; sólo se ha excavado una pequeña parte de este conjunto. Al igual que en Monte Albán, no hay fuentes de agua en el sitio, cuyos edificios eran sólo para la élite gobernante. Por lo tanto, no era una ciudad en el sentido estricto de la palabra, y las estimaciones sobre su población varían de 10 mil a 20 mil habitantes, aunque esta cifra no incluye a los agricultores que vivían en la planicie. En este aspecto Xochicalco difiere de Teotihuacán, en donde los agricultores estaban concentrados dentro de los límites de la ciudad; recuerda a los centros ceremoniales mayas, pues su traza y población se parecen más a la de éstos.

El jesuita José Antonio de Alzate (1737-1789) escribió del sitio en su folleto *Descripción de las antigüedades de Xochicalco*; en sus dos visitas hizo un mapa, junto con algunos dibujos detallados. Esta fue la primera publicación dedicada exclusivamente a la arqueología mexicana. Posteriormente, Xochicalco fue visitado por el explorador francés Guillaume Dupeux, quien escribió sobre el sitio en 1806. Por mucho, el monumento que

más llama la atención es la Pirámide de la Serpiente Emplumada, ubicada en la plaza principal, que se encuentra en la plataforma más elevada; al monumento se le llamó así por los relieves que rodean su base; fue excavado y restaurado por primera vez por Leopoldo Batres en 1910. En la actualidad sólo puede verse la oscura piedra basáltica de la Pirámide de la Serpiente Emplumada. Al igual que la mayoría de los monumentos mexicanos, originalmente estaba cubierto por una capa de estuco y pintado con diferentes colores; todavía es posible ver restos de esta pintura. Entre los pliegues de las serpientes que ondulan a lo largo de la plataforma basal en talud, hay dignatarios sentados con las piernas cruzadas, con taparrabos y tocados de plumas de quetzal, y adornados con collares de jade, ajorcas, brazaletes y orejeras. Su postura y el estilo de la escultura recuerda a otros relieves del sitio maya de Copán en la República de Honduras, cuyo juego de pelota es de un diseño casi idéntico al de Xochicalco, que más tarde habría de adoptarse en Tula. Las pirámides de Xochicalco también tienen un tipo muy distintivo de cornisa, que más tarde se utilizó en Tula.

Por lo tanto, por haber absorbido influencias de Teotihuacán, las tierras nayas y Monte Albán, que después transmitió a Tula, Xochicalco ha sido llamado con toda razón la encrucijada del México antiguo. Sin embargo, estas influencias son culturales y cuando los autores escriben de Xochicalco como el centro "indudable" de la expansión militar de la periferia meridional a las tierras altas centrales, simplemente especulan.

En 1960, el arqueólogo mexicano César Sáenz, que durante muchos años

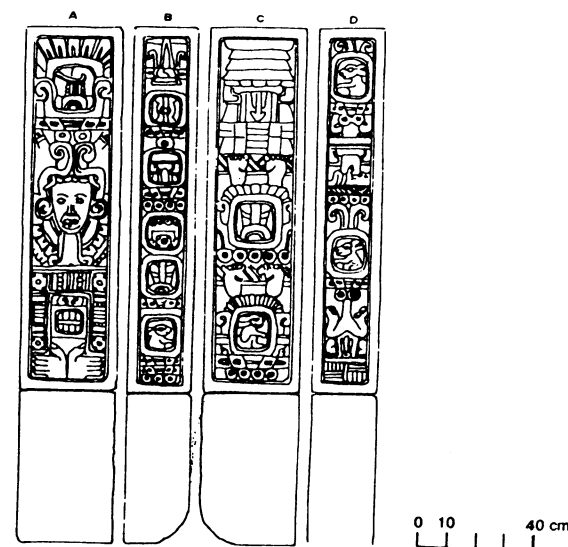


FIGURA 21. Estela I, Xochicalco

trabajó en Xochicalco, realizó un importante descubrimiento al encontrar tres estelas; éstas pueden verse ahora en el Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México, aunque en el sitio hay reproducciones. Sus relieves muestran vívidamente el paso de la era antigua a la nueva, pues presentan a los dioses clásicos de Teotihuacán, en forma predominante a Tláloc, la deidad principal, al lado de los principales dioses de la era postclásica. Las estelas, que se fechan aproximadamente en 700 d.c., son las primeras imágenes que se conocen de Quetzalcóatl, ya no como un símbolo de la Serpiente Emplumada, que es la forma con que aparece en la escultura teotihuacana, sino como hombre, cubierto con la compleja vestimenta del dios de la Estrella Matutina, con la que a partir de entonces se le representa en Tula y otros lugares.

El Tajín, el otro gran sobreviviente de la ruina teotihuacana, difiere de Xochicalco en muchos aspectos; en vez de encontrarse en lo alto de una cumbre árida, está situada en una zona de baja altitud en un ambiente tropical exuberante, entre abundantes cosechas de maíz, cacao y vainilla. Sin embargo, al igual que Xochicalco, aunque fue fundado cuando Teotihuacán ya florecía sobrevivió bastante más, posiblemente hasta 1100 d.c. De igual manera que Xochicalco, fue descrito por primera vez por Alzate en 1785.

El sitio es grande y sólo se ha excavado una parte de él, principalmente por José García Payón, quien trabajó allí hasta su muerte. El monumento más famoso de El Tajín es la Pirámide de los Nichos; no es muy grande (tiene menos de 20 metros de altura) y está construido con seis cuerpos escalonados y un santuario superior. Como su nombre lo dice, el templo es singular porque está lleno de nichos; 365, uno por cada día del año. No se sabe si cumplían alguna función especial, aunque se ha sugerido que simbolizaban cuevas, a las que se reverenciaba como la morada del dios de la tierra.

Desde lo alto de este monumento se observan montículos verdes que cubren otras ruinas y que llegan hasta donde alcanza la vista. En El Tajín, como en Xochicalco y en otros tantos sitios mexicanos, el visitante moderno contempla unos pocos monumentos excavados rodeados por innumerables montículos que cubren una infinidad de ruinas. Excavar y restaurar todo el sitio, y protegerlo después adecuadamente, sería una tarea prodigiosa. Además, la cultura de El Tajín no estaba de ninguna manera limitada al propio Tajín. Aproximadamente cien kilómetros al sur, cerca de Cuetzalan, está el gran sitio de Yohualichán, que ha sido poco excavado pero que también tiene una pirámide del tipo de El Tajín, con muchos nichos.

A cierta distancia de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, está otro complejo excavado al que se conoce como El Tajín Chico, que consiste en un edificio de columnas con muchos cuartos pequeños. Éstos, al igual que muchas estructuras precolombinas de las cuales no conocemos su uso, son llamados convencionalmente palacios, por falta de una mejor descripción.

En El Tajín hay tantos restos de juegos de pelota y grabados de objetos que llevaban los jugadores, que parece que sus habitantes estaban obsesionados con el juego. No había reglas universales para este pasatiempo ritual, ya que los juegos de pelota de diferentes lugares tienen tamaños y formas muy distintos, e igual ocurre con el ángulo de la pendiente de sus muros. Difícilmente puede exagerarse el significado religioso del juego y se le representa en muchos códices en los cuales los jugadores están vestidos como dioses. Los españoles lo prohibieron tan pronto como pudieron por considerarlo la misma esencia del culto al diablo por los nativos, y no ha sobrevivido una descripción exacta de la forma como se jugaba. El propósito general era impulsar una pelota de hule, principalmente con el cuerpo, ya fuera a través de un aro o, en ciertos casos, hacia un nicho en el muro.

En realidad el juego era muy antiguo y los relieves olmecas muestran personas que llevan los protectores típicos del juego de pelota. Como muchos ritos y creencias, cambió durante siglos; las reglas no sólo eran diferentes, sino que además varió su función religiosa. En relatos del periodo que precedió inmediatamente a la conquista no hay ninguna asociación aparente entre el juego y el sacrificio humano, aunque pudo haber existido. En El Tajín, que se fecha en, digamos, 800 d.c., así como en Chichén Itzá, varios siglos más tarde, el juego se asociaba con el sacrificio e implicaba la decapitación.

En códices posteriores, el juego de pelota es dibujado convencionalmente con dos tes colocadas con sus bases unidas, la forma que aparece en la mayoría de los lugares excavados. Se ha descubierto un gran número de juegos de pelota y se ha demostrado con amplitud que era un espectáculo de los gobernantes en vez de popular, ya que el espacio en la parte superior, desde el cual los espectadores habrían podido ver el juego, es muy limitado.

El principal juego de pelota de El Tajín mide 60 metros y está formado por dos muros verticales situados frente a frente y cubiertos con bajorrelieves espléndidos. En uno de éstos, un jugador es sacrificado por otros que esgrimen el cuchillo ritual sobre su cabeza. En una estela de un sitio cercano del mismo periodo, siete serpientes salen del cuello de un jugador de pelota decapitado (como también ocurre en el relieve de Chichén Itzá). Las imágenes del dios de la muerte abundan en El Tajín, y su cráneo y esqueleto están omnipresentes en la escultura y los relieves. Con sus escenas mórbidas de muerte y su abundancia de cráneos, El Tajín marca la transición de las formas más serenas del arte clásico a una era dedicada al culto a la guerra.

El Tajín, cuya pirámide principal no se parece a ninguna otra, también desarrolló un estilo inconfundible de escultura, que se distingue con sólo verlo en cualquier colección de las artes del México antiguo. Características de este estilo son las misteriosas piedras esculpidas conocidas como "yugos", "palmas" y "hachas". Principalmente con estos objetos, la cultura de El Tajín ha dejado vestigios abundantes a lo largo de la costa del Golfo y

el Caribe, en casi 1 600 kilómetros hacia el sureste de su lugar de origen, y otros objetos han sido encontrados en el litoral del Pacífico cerca de la frontera entre México y Guatemala.

Los yugos en forma de U están esculpidos de manera complicada con volutas y caras humanas. Los yugos, palmas y hachas están relacionados con el juego de pelota, ya que en los bajorrelieves y figurillas los llevan los jugadores. No obstante, los yugos de piedra son tan pesados que los jugadores habrían sido abrumados irremediablemente por ellos. Es evidente que se trataba de símbolos sagrados de piedra, cuya forma imitaba los cinturones protectores de cuero que realmente se usaban al jugar.

Menos importante que El Tajín, pero más estrechamente relacionada con la era final de Teotihuacán, está Cacaxtla, en el actual estado de Tlaxcala, donde en 1975 se descubrieron frescos muy bien conservados en un palacio o vivienda; combinan rasgos de estilo tanto teotihuacano como maya. Es obvio que Cacaxtla forma parte de un complejo más grande que incluye otros sitios en cerros cercanos aún no explorados; la propia Cacaxtla es bastante pequeña, aunque sus espléndidos murales difícilmente pudieron ser pintados por un solo artista, ya que pertenecen a dos periodos distintos. El descubrimiento de este segundo sitio, además de Xochicalco, aproximadamente de la misma fecha y también con influencias mayas, fue tan inesperado como importante. Nadie sabe cuántos sitios aún no explorados entre Yucatán y el México central podrían revelar también rasgos mayas, y dar pruebas adicionales de la presencia de visitantes mayas en el Altiplano mexicano, justo al terminar la era teotihuacana. Cacaxtla es en esencia un sitio de transición; los finos frescos, en los cuales dos figuras majestuosas se yerguen serenamente sobre balsas de serpiente y de jaguar, parecen pertenecer a una época diferente a la de la escena del sangriento combate pintada cerca, en la que se incluye un cuerpo literalmente cortado a la mitad y un guerrero que agarra un puñado de entrañas humanas.

Por estas breves descripciones, puede verse que el intervalo entre las eras teotihuacana y tolteca no fue un vacío cultural o una época oscura, semejante a la que siguió al colapso de muchas culturas del Viejo Mundo. Por el contrario, importantes bastiones de la civilización sobrevivieron a la caída de la metrópoli. Estos centros, excepto El Tajín, son sitios fortificados en los cerros. En muchos aspectos, son una transición entre Teotihuacán y Tula, que en última instancia lo sucedió; tienen un carácter más militarista que el primero, pero son menos abiertamente belicosos que el último; se desconoce su papel, si lo tuvieron, en el derrumbe de la ciudad universal, aunque no eterna.

LA GRAN TOLLAN

Ninguno de los "Estados sucesores" estaba destinado a convertirse en el verdadero heredero de Teotihuacán como el poder más importante del México central; ninguno estaba situado en el crucial valle central y todos,

excepto Teotenango, llegaron a su apogeo antes de que Teotihuacán cayera y después entraron en decadencia.

En vez de esto, el centro de gravedad eventualmente se desplazó en dirección noroeste hacia Tula, situada en una región conocida como Teotlalpan, contigua al Valle de México, de la que no lo separa ninguna barrera importante. Entonces, como ahora, el cultivo sedentario en esta región era precario: la vegetación es básicamente de suelo semiárido, en el que predominan arbustos inútiles de mezquite, nópales y magueyes; desde la conquista, el igualmente inútil pirul florece también aquí. En la estación lluviosa brota una capa de pasto, más adecuada para pequeños rebaños de cabras y ovejas que para el cultivo.

El significado literal del nombre Teotlalpan en náhuatl es "tierra de los dioses". Pero a cualquier visitante moderno esto le parecería un nombre incongruente. Según el antropólogo estadounidense Sherburne Cook, la capa de tierra vegetal es delgada, pobre y a veces no existe. Excepto por los campos irrigados a lo largo del río, la tierra agrícola está formada por pequeñas parcelas arrebatadas a los grupos de cactus en las laderas de los cerros y el agua proviene de lodosas presas utilizadas para almacenar la preciada lluvia. Así es Teotlalpan, la "tierra de los dioses". Cook acepta que las condiciones han empeorado desde los tiempos toltecas, debido a la sobrepoblación y erosión, aunque el clima no ha cambiado mucho. Este proceso de erosión se habría acelerado a medida que se talaban las laderas; esto continuó en la era colonial y ayuda a explicar el aspecto desolado de la tierra hoy en día.

Por lo tanto, aún queda por responder la pregunta: ¿por qué el papel principal en Mesoamérica fue asumido ahora por una región que ofrecía pocas ventajas aparentes y que no estaba ubicada tan estratégicamente como Teotihuacán? En primer lugar, la prosperidad de Tula no dependía de los campos vecinos desolados, sino de las ricas tierras que estaban a los pies de la ciudad, al borde del río Tula, cuyo caudal es copioso y confiable. La disparidad entre este verde valle fluvial y las pobres cimas de los cerros en que se encuentra la antigua ciudad es tal actualmente, que incluso el aire que se respira parece diferente: abajo, su olor es grato y fresco, en tanto que arriba es cálido y polvoso.

Además, Teotlalpan no carece de recursos naturales; a pesar de su aparente pobreza, proporciona un abundante suministro de los productos agrícolas precolombinos: maíz, frijoles, amaranto, pulque (la bebida ritual), maguey (fibras para vestidos) y, en ciertas partes, algodón. También la carne de animales silvestres era más abundante en esos días. Otro importante recurso eran los grandes depósitos de obsidiana cerca de Pachuca, en su límite oriental, que ya habían sido explotados durante la era clásica. La abundancia de piedra caliza también era importante, en vista de su demanda para fabricar la gruesa cubierta de estuco con que se recubrían los muros y columnas de los centros ceremoniales.

A estos recursos, que por lo menos hacían de Teotlalpan una unidad

viable, podría añadirse una ubicación que favorecía el comercio a larga distancia, ya que hacia el oriente disfrutaba de fácil acceso a la costa del Golfo, y hacia el occidente, a las ricas tierras del Bajío y de zonas más lejanas. A pesar de esto, en comparación con el maravilloso sitio de la futura capital azteca, Tenochtitlán, construida sobre una rica laguna que ofrecía a la vez alimentos y protección, las ventajas de la región de Tula eran pocas, aunque quizás suficientes para rebatir cualquier visión de los logros toltecas como una especie de respuesta a un desafío, en términos de Toynbee, y como un triunfo sobre condiciones duras y adversas.

Además, aunque los factores ecológicos pueden influir en el curso de los eventos, muy raras veces éstos son su resultado. Los partidarios modernos del determinismo ecológico, que tienden a explicar la historia del México antiguo sencillamente como un derivado de estas fuerzas, omiten en su razonamiento el surgimiento de la joven Tula, que sirve poco para defender sus argumentos. El sitio no era ni ideal ni impráctico, y no tenía ningún rasgo sobresaliente que hubiera hecho posible predecir su ascenso al poder.

Tula es la corrupción española de la palabra náhuatl *Tollan*, que significa "lugar de tules o juncos". El nombre era simbólico y también significaba "metrópoli", debido a que los juncos crecen con tal abundancia que parecen ser una multitud. Como tal, el nombre Tollan era a veces aplicado por los aztecas a su propia capital, a Cholula, o incluso en retrospectiva a Teotihuacán.

Debido a su asociación con ese artículo precioso, el agua, los juncos tuvieron un significado especial en México. Y muy aparte de cualquier significado simbólico, eran un material importante; el mejor recipiente, ya fuera para comprar individualmente en el mercado o para recibir los grandes volúmenes de tributo de los pueblos conquistados, era la canasta de tule. La estera común, el petate, todavía muy usado hoy en día, también era de tule. Por lo tanto, este material versátil les servía a todos, desde el rey hasta su más humilde súbdito, ya que incluso se le utilizaba para hacer "el sillón de los dioses", el trono del gobernante. La imagen del dios tribal azteca fue llevada en una caja de tules durante su migración, y los techos de los templos con frecuencia eran hechos de este material en vez de paja. Así, Tula, como "lugar de tules", sería una ciudad que poseía un bien muy apreciado, que también simbolizaba al agua y a la fertilidad.

Al igual que el nombre Tollan, que en un principio se aplicaba a una sola ciudad, y después tomó el sentido más universal de metrópoli, también tolteca (en náhuatl *toltecatl*), que significa "habitante de Tollan", llegó a ser utilizada para describir los pueblos civilizados o educados. Por ejemplo, fray Bernardino de Sahagún aplica el término "tolteca" a quienes vivían en ciudades, a los que diferencia de los nómadas que habitaban en cuevas, considerados chichimecas.

Además, en la literatura de los tiempos aztecas con frecuencia se emplea "tolteca" para indicar la posesión de ciertas habilidades específicas. El diccionario náhuatl de Simeon traduce el término *toltecatl* como "artesano,

trabajador hábil, artista" y sólo después añade "habitante de Tollan". Así, los aztecas aplicaron el término tanto a los artesanos hábiles como, en un sentido diferente, a los antiguos habitantes de Tula, que entonces eran considerados como los legendarios inventores de la civilización humana, de la cual los aztecas se habían proclamado herederos.

La separación de "tolteca" de su significado original y la aureola con que los aztecas rodearon al nombre, para abarcar lo grande y lo bueno, confundió a los investigadores que trataron de reconstruir el pasado de México en una época en la cual se conocía el sitio de Tula, pero no se había restaurado. Los relatos aztecas se consideraban literalmente y en ellos la capital tolteca era descrita como una ciudad fabulosa, llena de palacios y templos hechos de oro puro y turquesa, adornados con plumas preciosas y contruidos por sibaritas geniales. Debido a lo anterior, sólo Teotihuacán podía corresponder a estas descripciones, y en consecuencia se le consideró como la verdadera Tula y capital de los toltecas históricos. Esta atribución fue hecha por primera vez por el obispo Plancarte de Cuernavaca a principios de este siglo, y fue aceptada por el arqueólogo más conocido de su tiempo, Manuel Gamio, quien estaba cautivado por la grandeza de Teotihuacán, como lo revela su trabajo en el sitio de 1917 a 1922. Hasta los años cuarenta fue común escribir de los "toltecas de Teotihuacán".

Sin embargo, pronto empezó a ponerse en duda esta identificación. Ya antes, en este siglo, primero el alemán Eduard Seler y luego el arqueólogo sueco Sigwald Linné habían presentado sus dudas. Pero no fue sino hasta la conferencia de la Sociedad Mexicana de Antropología celebrada en 1941, cuando el problema dio un giro total. La conferencia, a la que asistieron muchos de los más distinguidos expertos en estudios sobre el México antiguo, llegó a la conclusión de que Tula, Hidalgo, y no Teotihuacán, era la Tollan de las principales fuentes históricas. Esta conclusión fue inspirada por el razonamiento de Wigberto Jiménez Moreno, quien descubrió que una serie de nombres de lugares y de puntos geográficos prominentes, asociados en los textos escritos con la Tollan histórica, todavía existían en las cercanías de Tula, Hidalgo. Para citar un ejemplo sencillo, pero específico, Sahagún llama a la Tollan donde gobernó el famoso Topiltzin Quetzalcóatl, Tollan Xicotitlán (Xicotitlán significa "lugar cercano a Xicococ" y esta última palabra en náhuatl quiere decir "lugar de la abeja"). Jiménez Moreno señaló a un cerro inconfundible, cuyo nombre se ha corrompido y actualmente se llama Xicuco, que puede verse desde Tula. Además de estos nombres de lugares, que se relacionan sólo con la región de Tula, Sahagún insistía en que Tollan estaba situada a la orilla de un gran río, término difícil de aplicar al riachuelo que atraviesa Teotihuacán.

Aproximadamente al mismo tiempo, la gente empezó a darse cuenta de la importancia del sitio arqueológico de Tula, al que hasta entonces no se le había prestado atención, si bien ya había sido descrito por el arqueólogo francés Désiré Charnay en la década de 1850. En 1941, el año de la conferencia, el arqueólogo mexicano Jorge Acosta empezó una serie de excava-

ciones que duraron cinco años en la acrópolis central de Tula, acerca de la cual publicó amplios informes. Acosta reconstruyó el Templo de Quetzalcóatl y volvió a colocar en su parte superior a los atlantes ciclópeos que se han convertido en el rasgo más conocido de Tula. Acosta comprendió cada vez con más claridad que la cerámica de Tula tenía poco que ver con el Teotihuacán clásico; en el estrato inferior o más antiguo, descubrió cerámica (conocida como "Coyotlatelco") utilizada por la gente que primero se asentó en Teotihuacán después de su caída.

LOS PRINCIPIOS

En la literatura de los últimos tiempos prehispánicos hay muchas referencias a los toltecas, pero su contenido es más rico en leyendas que en historia. Por consiguiente, con el fin de aclarar quiénes fueron los toltecas y qué hicieron, es preciso comparar estas fuentes escritas ambiguas, y cuando sea posible reconciliarlas, con la información arqueológica de que disponemos actualmente.

Se sabe ahora que en la época teotihuacana la región de Tula estaba poco poblada. Se encontró un pequeño asentamiento clásico en Julián Villagrán, más o menos dos kilómetros al norte de la zona urbana de Tula, y otro en Tepeji del Río, 20 kilómetros al sur; Chingú, un sitio más importante, está 10 kilómetros al este de Tula y probablemente en aquellos años era una especie de capital regional.

Tanto la leyenda como la arqueología indican que la primera gente que se asentó en Tula llegó de los límites noroccidentales de la Mesoamérica civilizada. El arqueólogo Robert Cobean, en su tesis doctoral de Harvard, realizó un profundo estudio de la cerámica tolteca y contribuyó mucho para aclarar los inicios de Tula. Muestra que los tiestos más antiguos del sitio (Prado, que se fecha entre 700-800 d.c.) tienen formas y decoraciones similares a una cerámica más antigua del Bajío, la región que se encuentra al noroeste de Tula. La gente que llegó de allá trajo consigo vasijas de un tipo que ya se había utilizado en el Bajío antes de la fundación de Tula.

Los emigrantes del noroccidente que fundaron Tula son llamados tolteca-chichimecas en las fuentes históricas. Según éstas, provenían de un lugar llamado las Siete Cuevas, el legendario hogar de todas las tribus chichimecas. En tanto "tolteca", denota sofisticación, "chichimeca" significa todo lo contrario y se aplicaba a los nómadas que vagaban por gran parte del México noroccidental cuando llegaron los españoles; estos últimos los describen como un pueblo que no usaba cerámica ni vestidos y que con frecuencia estaban a punto de perecer de hambre. La palabra "chichimeca" significa literalmente gente que proviene de Chichimani, el "lugar donde se mama". Así, a los chichimecas se les debe ver como pueblos nuevos o jóvenes. Por lo tanto, tolteca-chichimeca es a primera vista un término incoherente que implica a la vez civilización y salvajismo. En realidad se aplica

a la gente que estaba en el nivel inferior de la escala cultural, pero que empezaba a mejorar su suerte. Al igual que muchos de los emigrantes que llegaron al México central desde el noroccidente árido, los fundadores de Tula ya habían aprendido los rudimentos de la agricultura y adoptado a los dioses mexicanos.

Robert Cobean explica que el segundo estrato de cerámica de Tula (Corral, 800-900 d.c.), a diferencia del primero, está estrechamente relacionado con los del Valle de México. Esto apoya tentativamente los relatos escritos sobre un segundo grupo que se asentó en Tula en una etapa muy temprana, y que llegó de una dirección opuesta, el sureste; a diferencia del primer grupo de emigrantes, eran muy civilizados. A estas personas se les llamaba nonoalcas, término que se refiere a la gente que hablaba mal el náhuatl. Nonoalco, de donde venían, significa literalmente "donde el lenguaje cambia"; está situado en Tabasco, en la costa del Golfo. En el curso de su migración, según las fuentes, estos nonoalcas reunieron a otros habitantes del náhuatl, inclusive gente de Teotihuacán, que para esta época ya había perdido gran parte de su población. Fray Bernardino de Sahagún, al narrar la leyenda de la gran dispersión de Teotihuacán, menciona una tribu llamada tolteca, o nahua, que también salió y fue muy lejos adentro del desierto (esto es al noroeste), en el que había poco que comer y beber. Con el tiempo retornaron por donde habían llegado.

El historiador Alva Ixtlilxóchitl también escribe de estos emigrantes nonoalcas y nombra algunos de los lugares en donde se detuvieron en su camino a Tula. Su lista ha originado confusión porque incluye un pueblo llamado Jalisco, que se asoció inmediatamente con el moderno estado, el cual se encuentra a unos 500 kilómetros al noroeste de la ciudad de México. Pero varios Jaliscos (el nombre significa "lugar de arenas") existían cerca de la costa del Golfo, donde pueden identificarse la mayoría de los lugares que menciona el historiador. Según el relato de Ixtlilxóchitl, antes de llegar a Tula los nonoalcas pasaron largo tiempo en la Huasteca, al norte del actual estado de Veracruz. Quetzalcóatl, la principal deidad tolteca, tiene ciertos rasgos y características específicas en su vestido que son huastecos, como su sombrero cónico que proviene de allí y con el cual se le muestra invariablemente en las ilustraciones de los códices.

La arqueología concuerda con las fuentes escritas al sugerir que Tula fue fundada como una mera aldea por gente que llegó del noroeste, donde se originó su sencilla cerámica. Los nonoalcas, después de salir de la Huasteca, se quedaron primero en Tulancingo, casi a la mitad del camino entre Tula y la costa del Golfo, después llegaron a Tula y enseñaron a los primeros pobladores oficios más complejos, incluso la construcción de templos de piedra. Al mismo tiempo introdujeron el culto de la Serpiente Emplumada, Quetzalcóatl, que se convirtió en la deidad tutelar de Tula y que se deriva tanto de la costa del Golfo como de Teotihuacán.

El asentamiento antiguo de Tula, al que llegaron las dos corrientes de emigrantes de direcciones opuestas, estaba centrado en Tula Chico, que

está aproximadamente a 1.25 kilómetros del principal centro ceremonial de épocas más tardías, al que con frecuencia se le llama acrópolis. No se han hecho suficientes excavaciones de esta Tula temprana para hacer un cálculo realista de su tamaño, pero la evidencia actual sugiere que cubría cuatro kilómetros cuadrados y que tenía una población cercana a los 20 mil habitantes, aunque esto puede ser exagerado.

LA CIUDAD

A Tula se llega fácilmente desde la ciudad de México, y el camino en automóvil toma poco más de una hora. El viaje puede incluir una visita al convento colonial y museo de Tepetzotlán, con su ornamentada iglesia y sus atractivos claustros y jardines; en el restaurante que está junto al convento se puede disfrutar de un buen almuerzo de comida mexicana.

La Tollan prehispánica está en una escarpada ladera que domina a la moderna Tula de Allende, situada abajo, en el valle del río. La ciudad antigua cubrió la mayor parte de la cima de esta colina en forma de L, pero se desconoce si había gente que vivía en el valle, en el sitio de la ciudad actual.

El nombre de Tula siempre estará asociado al de Jorge Acosta. Aunque limitó su trabajo a la plaza central, pudo establecer una secuencia, en términos de fases toltecas temprana y tardía. Tal secuencia la aplicó a la arquitectura y a la cerámica, ya que encontró subestructuras debajo de los principales edificios que reconstruyó. El perfil de estos templos más antiguos, con frecuencia tenía la forma de un talud rematado por un tablero liso que no es típico de la Tula posterior ni de Teotihuacán, sino más bien de Xochicalco y de El Tajín. Como consecuencia de su trabajo, Acosta concluyó que la ciudad llegó a su apogeo poco antes de ser destruida en parte hacia 1150 d.c.

La fase de expansión de Tula, que va de 950 a 1150 d.c., corresponde a lo que comúnmente se conoce como horizonte mazapa, así llamado por la cerámica típica del periodo, una alfarería roja sobre bayo poco atractiva que fue identificada por primera vez cerca de Teotihuacán y que era utilizada por los pueblos que se asentaron allí en tiempos postclásicos. Tiestos similares se encuentran en gran parte de Mesoamérica, y como corresponden al periodo de la grandeza de Tula, hay propensión a llamarlo "toltecas". De hecho, muy poca cerámica que pueda realmente llamarse mazapa ha sido encontrada en Tula, y la más característica de la ciudad es una alfarería conocida como anaranjada pulida, que es aún más burda.

La Tula de este periodo floreciente es una gran ciudad, sobre la cual la información presente es muy incompleta, ya que las excavaciones recientes han sido limitadas y no pueden compararse a las del Proyecto Mapa de Teotihuacán de Millon. El sitio, gran parte del cual no había sido investigado hasta hace poco, cubre aproximadamente 13 kilómetros cuadrados.

En tanto que Charnay y Acosta se concentraron en la acrópolis, mucha información sobre el resto de la ciudad fue obtenida por el Proyecto Tula de la Universidad de Missouri a finales de los sesentas y a principios de los sesenta. Posteriormente, el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México realizó algunos trabajos bajo la dirección de Eduardo Matos. Actualmente se han identificado, en total, tres centros ceremoniales principales: el más antiguo, conocido como Tulá Chico, un segundo llamado la Plaza Charnay y el principal grupo de monumentos, la acrópolis. Para el visitante, el de mayor interés sigue siendo el último, en el que están los edificios más impresionantes y que ha sido más reconstruido.

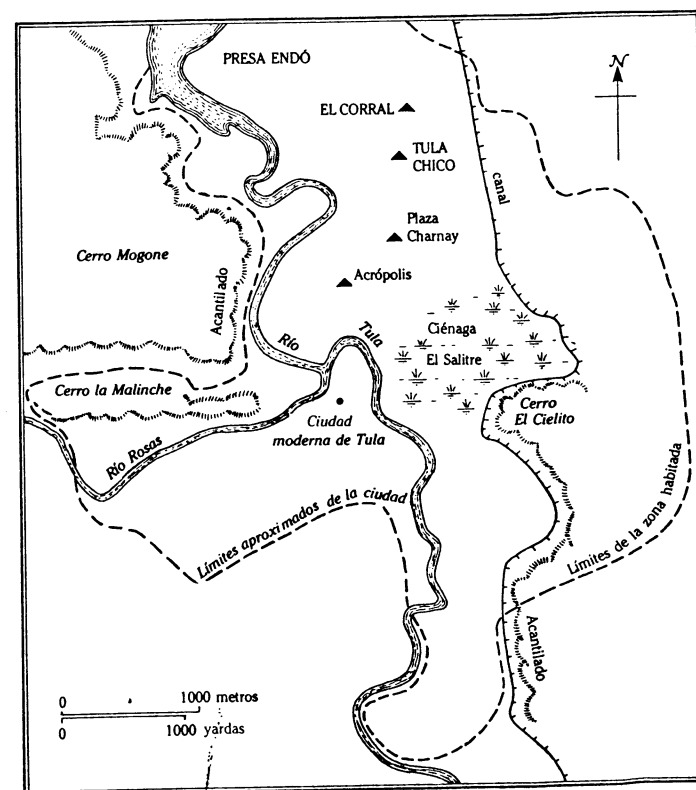


FIGURA 22. Plano de Tula

La acrópolis está formada por una amplia plaza central, flanqueada en el lado este por la estructura más grande, conocida como Edificio C, sólo parcialmente excavado; en el oeste por el juego de pelota, explorado por Eduardo Matos (en Tula se han descubierto por lo menos seis juegos de

pelota); en el lado norte está la pirámide principal, el Templo de Quetzalcóatl, en cuya parte superior están los famosos atlantes; durante muchos siglos éstos yacieron al pie de la pirámide rotos en fragmentos y probablemente no fueron visibles para los aztecas. Una gran columnata, un rasgo singular del periodo tolteca, marca la entrada al templo. Acosta reconstruyó en parte sus columnas, que estaban reducidas casi al nivel del suelo; antiguamente sostenían un techo, y desde este gran vestíbulo la élite de Tula podía participar en las ceremonias realizadas en la plaza sin exponerse al sol del mediodía.

Los solemnes atlantes ciclópeos que rematan la pirámide y que originalmente sostenían el techo de vigas de un templo, desaparecido hace mucho tiempo, no representan al dios de la Serpiente Emplumada como tal, sino a la misma deidad en la personificación de Venus, la Estrella Matutina. Bajo esta forma, el dios está vestido como guerrero y armado con el *atlaltl* o lanzadardos. Su arma ha sido descrita por el escritor de ciencia-ficción Erich von Däniken como una pistola de rayos láser, traída a Tula por un visitante de otro mundo. Pero el *atlaltl*, claramente visible en las manos derechas de los atlantes, es el arma característica del periodo y se muestra en muchos códices más tardíos. En sus manos izquierdas, las figuras de piedra sostienen un haz de dardos o flechas, el proyectil normal para el *atlaltl*.

El culto a Venus como una personalidad dual, las Estrellas Matutinas y Vespertinas, llegó a desempeñar un papel crucial en la religión de los antiguos mexicanos, quienes anotaron cuidadosamente los movimientos del planeta. Al igual que la deidad solar azteca, que se levantaba en el oriente todas las mañanas, Quetzalcóatl, como Estrella Matutina, era un guerrero y en los códices con frecuencia se le muestra con rayas rosáceas y blancas sobre el cuerpo, que por lo común servían para representar a los prisioneros destinados al sacrificio.

Ciertos cronistas insisten en que Quetzalcóatl era en realidad un dios benévolo, que "no aprobaba" el sacrificio humano e intentó evitarlo. Esta fábula proviene de los tiempos de la conquista, cuando los indígenas subyugados estaban ansiosos de convencer a los españoles de que no todos sus dioses eran demonios, e hicieron hasta lo imposible para reivindicar a Quetzalcóatl con el fin de poder jactarse de por lo menos una deidad semirrespetable. Pero en ciertos códices el dios realiza actos de sacrificio, como el de sacar el ojo de un prisionero diminuto; en tiempos posteriores, sacerdotes vestidos como Quetzalcóatl dirigían la inmolación de mucha gente.

Quetzalcóatl, tal como se le representa en Tula, fue guerrero y deidad tutelar de una sociedad guerrera; en la era postclásica, y probablemente antes, estaba tan ligado al sacrificio como cualquier otro dios. Las guerras en que combatieron los soldados toltecas no sólo servían para obtener tributo, sino también cautivos para los altares de sus dioses, y el muro de cráneos de Tula sugiere que el sacrificio múltiple era parte del proceso de guerra y conquista.

Los atlantes son ejemplo de los sombríos hombres de guerra que proli-

feran en el arte de Tula: los guerreros toltecas llevaban una gruesa capa de algodón acolchado en su brazo izquierdo como defensa contra las flechas y un escudo redondo sobre sus espaldas; con frecuencia sus sandalias estaban decoradas con serpientes emplumadas y su tocado, como el que llevan

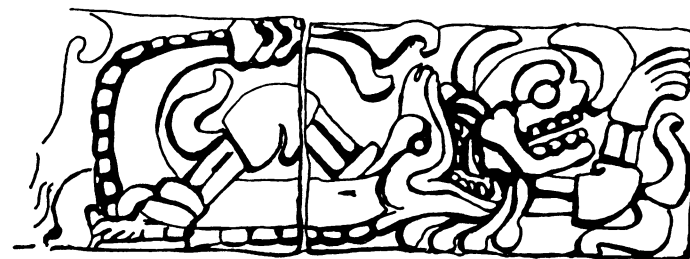


FIGURA 23. Serpiente que devora un esqueleto en un relieve de Tula

los atlantes, era una especie de sombrero cilíndrico, coronado por plumas de quetzal y con un pájaro en actitud de descender en el frente, símbolo o adorno preferido por los mexicanos tanto de épocas tempranas como tardías. En su pecho, estos guerreros toltecas portan el emblema de la mariposa, tan estilizada que es difícil reconocerla.

En los lados de la gran pirámide están esculpidos frisos en los cuales hay procesiones de jaguares alternados con águilas que mordisquean corazones sangrantes. Atrás del templo está el Muro de las Serpientes (Coatepantli); sus relieves, cuidadosamente seccionados y puestos otra vez en su posición original, muestran una serie de serpientes que tragan cuerpos humanos enteros, cuyos cráneos salen de los colmillos.

El sitio de Tula es grande y si el visitante común puede encontrar el camino a los restos de Tula Chico o de la Plaza Charnay, obtendrá una magra recompensa a su larga caminata; porque, independientemente del valor científico del trabajo realizado en estos puntos cruciales de la historia de Tula, no han sido reconstruidos. Por otra parte, El Corral, a casi kilómetro y medio al norte de la plaza principal y excavado también por Acosta, merece visitarse. La parte central es redonda y estaba dedicada a la Serpiente Emplumada como dios del viento; los templos a este dios eran invariablemente circulares, con el fin de que el viento pudiera soplar libremente en torno a ellos. Cerca de la escalinata de El Corral está un pequeño altar con un friso esculpido que muestra la procesión usual de guerreros toltecas; abajo de ellos aparece la igualmente inevitable hilera de cráneos.

Después de ver estos edificios y la pequeña selección de objetos toltecas en el museo adyacente,* queda la sensación de que, a pesar del gran ta-

* A finales de 1982 se inauguró el nuevo museo que se encuentra al norte del grupo principal. [T.]

maño de Tula y de lo glorioso de su historia, su cultura no sólo fue austera sino también peserosa. En todas partes se encuentran hileras e hileras con los mismos guerreros, animales de rapiña y cráneos, sin la más mínima señal de los finos y graciosos toques de los murales clásicos. También llama la atención cierta falta de delicadeza en la ejecución, que a veces casi llega a la tosquedad.

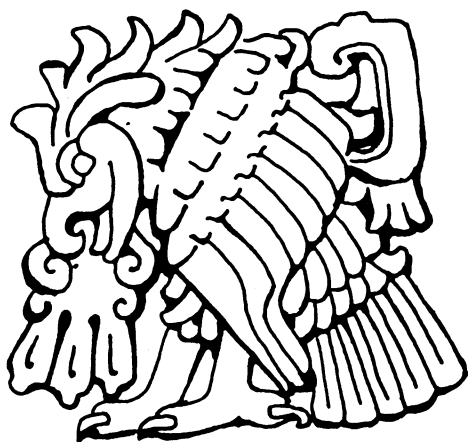


FIGURA 24. Águila con corazón humano en su pico

Fray Bernardino de Sahagún, en el libro décimo de su *Historia*, ofrece una descripción de los principales monumentos de Tula que se asemeja poco a lo que puede verse hoy en día:

Había también un templo que era de su sacerdote llamado *Quetzalcóatl*, mucho más pulido y precioso que las casas suyas [de los toltecas], el cual tenía cuatro aposentos: el uno estaba hacia el oriente, y era de oro, y llamábanle aposento o casa dorada, porque en lugar del encalado tenía oro en planchas y muy sutilmente enclavado; y el otro aposento estaba hacia el poniente, y a éste le llamaban aposento de esmeraldas y de turquesas, porque por dentro tenía pedrería fina de toda suerte de piedras, todo puesto y juntado en lugar de encalado, como obra de mosaico, que era de grande admiración; y el otro aposento estaba hacia el mediodía, que llaman sur, el cual era de diversas conchas mariscas, y en lugar del encalado tenía plata, y las conchas de que estaban hechas las paredes, estaban tan sutilmente puestas que no parecía la juntadura de ellas; y el cuarto aposento estaba hacia el norte, y este aposento era de piedra colorada y jaspes y conchas muy adornado.*

* Sahagún, *op. cit.*, libro X, p. 595. [T.]

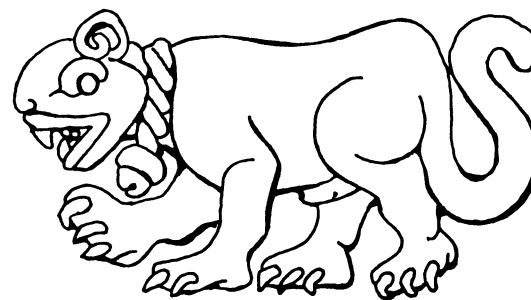


FIGURA 25. Jaguar de un relieve de Tula

Sahagún anotó lo que sus informantes de habla náhuatl le dijeron, en su colorido pero repetitivo idioma que gana efecto al acumular imagen sobre imagen. Este autor procede a describir una estructura aún más exótica, en la que las paredes interiores estaban cubiertas con plumas. Consistía en cuatro aposentos: uno hacia el oriente estaba revestido con plumas amarillas, otro hacia el poniente con plumas azules de cotinga; un aposento de plumas blancas daba hacia el sur y el del norte tenía plumas coloradas de espátula. Además de sus relatos de edificios fabulosos, Sahagún y otros no escatiman elogios a los toltecas geniales y creativos, los verdaderos inventores de las ciencias humanas; en este catálogo de virtudes toltecas, el talento artístico de la antigua Grecia se combina con el sutil refinamiento de Bizancio.

Pero cualquiera que desee comparar la leyenda con la realidad de las ruinas de Tula, sin importar lo impresionantes que sean, debe prepararse para una amarga sorpresa. Sin embargo, es necesario recordar que el jade, la turquesa, el oro e incluso las plumas, no eran materiales exóticos precisamente, que se supone fueron utilizados en lugar de la piedra y el estuco en las construcciones de Tula y otras ciudades. En un mundo en donde los símbolos explicaban todo, su concepto transmitía la idea de grandes riquezas y entre los aztecas se les utilizaba para denotar el recibo de tributos. Estos cuentos fabulosos no son más aplicables a la ciudad real que los pájaros exóticos y los arbustos tropicales de cacao que se asocian a Tula en los mismos textos, pero que nunca se encuentran realmente en tales altitudes. No son parte de una Tula terrestre, sino de la Tollan mítica de otro mundo, que representaba para los aztecas todo lo bello y bueno; de manera similar, el Libro de las Revelaciones describe la nueva y celestial Jerusalén, "una ciudad de oro puro, como cristal transparente". El énfasis en los colores contrastantes también era más religioso que real; como en China, los colores estaban relacionados con los cuatro puntos cardinales, que a su vez se vinculaban con dioses importantes.



FIGURA 26. Portaestandarte tolteca

Para los aztecas de los tiempos de la conquista, si su propia capital, Tenochtitlán, era grande, Tula tenía que serlo aun más. Los oficios y las artes, como la metalurgia, e incluso el arte de la escritura —inventada mil años antes que los toltecas— automáticamente se convirtieron en el don de estos fabulosos antecesores, de los cuales se derivó todo lo creativo. Esta versión más bien alterada de la historia, sencillamente sirvió como telón de fondo a la grandeza azteca.

Incluso aunque estos relatos idílicos de Tula no sean tomados muy literalmente, las ruinas actuales muestran que fue en realidad la ciudad de la Serpiente Emplumada, el dios Quetzalcóatl. Conservó su aureola de santidad y los primeros regalos que Cortés, identificado como Quetzalcóatl que regresaba, dio al emperador Moctezuma, fueron colocados con respeto en el templo de este dios en Tula, que todavía era su ciudad sagrada.

El nombre de esta deidad se deriva del náhuatl *coatl*, que significa serpiente, y de *quetzalli*, pluma verde; además de “serpiente emplumada”, también da la idea de “serpiente preciosa”, porque las plumas de quetzal eran muy apreciadas. La tradición del pájaro-serpiente es básica para el simbolismo mexicano, pues representa la tierra y el cielo, la serpiente terrestre en unión con el ave celestial. Quetzalcóatl, como ya se indicó antes, era mucho menos prominente en Teotihuacán, en donde si aparece, no toma la forma de un hombre, sino la de una serpiente, como en el famoso templo

que lleva su nombre. En aquel entonces, cuando mucho era un auxiliar del dios principal, Tláloc.

Aunque las imágenes más antiguas que se conocen de Quetzalcóatl con forma humana se encontraron en las estelas de Xochicalco, que son anteriores a Tula, es en esta última en donde el dios adquiere importancia y se le representa con frecuencia. Al igual que la mayoría de las deidades mexicanas, Quetzalcóatl es un dios versátil. Además de sus papeles como creador y Estrella Matutina, también era el dios del viento, y en los códices comúnmente se le presenta no sólo con su típico sombrero cónico, sino también con una máscara con pico de pato, el emblema del dios del viento. Como la serpiente verde que recuerda al ondulante arroyo, y como el viento que llega antes de la lluvia tropical, está estrechamente relacionado con el agua, tan valiosa en las tierras altas de México. La mayoría de las deidades a partir de Tláloc, están relacionadas de alguna manera con la fertilidad y el agua. El gran Espejo Humeante (Tezcatlipoca) de los últimos tiempos prehispánicos es ostensiblemente una deidad celestial; no obstante también es el jaguar, identificado desde épocas antiguas con la tierra y, por lo tanto, con el agua. Incluso el gran dios de la guerra, el Colibrí Zurdo (Huitzilopochtli), se deriva en parte de una deidad más antigua, llamada sencillamente Opochtli, quien fue el protector de los pescadores y uno de los Tlaloques, o pequeños tlálocs, que vivían en la laguna en donde se construyó la capital azteca.

El último gobernante fue conocido como Topiltzin Quetzalcóatl, y la leyenda sugiere que el pueblo que fundó Tula era conducido por un hombre que también llevaba el nombre del dios. Topiltzin, que significa “Nuestro Príncipe”, era tanto un título como un nombre personal; también se le dieron otros nombres al último gobernante tolteca. Tula pudo haber tenido varios gobernantes que presidían diferentes centros ceremoniales, aunque Tula Chico había sido abandonado antes de la caída de la ciudad. El gobierno de más de una persona fue tradicional en México y aunque los aztecas y sus aliados de Texcoco tuvieron cada uno un solo rey, las ciudades cercanas sometidas tenían tres o incluso cuatro soberanos.

Las fuentes escritas dicen poco de la forma como era gobernada Tula, y los hallazgos arqueológicos dicen aun menos. Tula, al igual que Teotihuacán, es considerada a veces como un “Estado hidráulico”. La descripción puede confundir si se le utiliza para indicar que la ciudad adquirió poder debido a que tenía un gobierno fuerte, creado solamente por la necesidad de controlar su abastecimiento de agua —una teoría que se aplica mejor al río Nilo que al río Tula. No obstante, alguna forma de irrigación fue obviamente necesaria. Incluso en la actualidad, cuando se extrae tanta agua para grandes proyectos de irrigación río arriba, el caudal todavía es importante cuando llega a Tula, e irriga muchas tierras de las cercanías. El suelo de su valle es fértil, en comparación con los áridos cerros que lo dominan y es inconcebible que los toltecas urbanizados se hayan contentado con depender para sus cosechas sólo de la precaria lluvia —que dependía del

capricho de los dioses—, a la vez que dejaban al valle del río sin cultivar y a sus aguas sin aprovechar. Una ciudad que para sobrevivir dependía sólo de la escasa lluvia estacional del Teotlalpan nunca habría podido crecer tanto.

Además, en un punto del borde del río existe una especie de irrigación automática o natural; la tierra que bordea al río Tula justo abajo de Tula Chico, se inunda regularmente cuando el nivel de la corriente sube durante la estación lluviosa veraniega. Esto habría alentado a los toltecas a controlar la corriente de agua por medios artificiales. Cuando llegaron los españoles encontraron grandes proyectos de irrigación en la región, y sus relatos hablan de muchos centros que controlaban las aguas para cultivar maíz y hortalizas.

Los proyectos de irrigación sencillos, aunque no obligan por sí solos a los pueblos tribales a adoptar las formas de un Estado, requieren de un sistema muy complejo de gobierno. Además, el militarismo tolteca implica la transferencia del poder del templo al palacio, como en Mesopotamia, donde en tiempos sumerios el gobernante de cada ciudad-Estado era el “arrendatario y campesino” del dios local, en tanto que en la era de Babilonia que le siguió, en el segundo milenio a.C., el palacio asumió mucho del poder del templo.

Las mismas fuerzas operaron en México, aunque todas las crónicas infieren que en Tula el rey continuó como sacerdote y gobernante. En este sitio se encuentra en una posición intermedia entre el sacerdote-gobernante de Teotihuacán y el emperador azteca, que era un monarca secular aunque realizara funciones sacerdotales. La leyenda muestra al último rey tolteca, Topiltzin, viviendo aislado, separado de todos, excepto de sus servidores domésticos. Es probable que estas historias se refieran a tiempos más antiguos; un tirano aislado podría mantener su dominio sobre una pequeña ciudad-Estado, pero un imperio no puede ser conquistado y conservado por un anacoreta caprichoso.

En Tula, como ocurrió en todo el México postclásico, el monarca estaba en el vértice de una casta militar privilegiada, cuyos miembros aparecen en los frisos esculpidos que también representan águilas y ocelotes, los emblemas de los principales caballeros aztecas. Al igual que en Tenochtitlán, con seguridad la nobleza guerrera reclamaba una parte generosa de la riqueza total, inclusive de las tierras más prósperas. Las formas del arte revelan una dedicación total a la guerra y el Estado tolteca estaba motivado por la necesidad de imponer tributo, en particular en forma de bienes suntuarios como el jade, las plumas y las pieles de ocelote. Estos despojos sostenían al gobernante y a su palacio, y también enriquecían a la élite militar, que ayudaba al avance de sus conquistas y a la cual en recompensa destinaba los mejores despojos de la guerra. Con excepciones insignificantes, incluso los más duraderos de estos trofeos, el jade, el oro y las turquesas, no han sido encontrados en Tula; esto no es sorprendente, ya que Sahagún menciona que a su caída fue saqueada y devastada.

VI. LA ERA TOLTECA

EL IMPERIO TOLTECA plantea interrogantes difíciles de responder: ¿qué impacto tuvo sobre el resto del México antiguo durante su apogeo de 950 a 1150 d.C. y qué territorios, si los hubo, conquistó?

Los historiadores difieren profundamente a este respecto. Wigberto Jiménez Moreno siempre ha estado de acuerdo con la idea de un gran Imperio Tolteca, comparable con las conquistas conocidas de los aztecas; por otra parte, los primeros investigadores, como Daniel Brinton, cayeron en el extremo opuesto y negaron que alguna vez hubiera existido tal imperio.

Al tratar de definir, aunque sea tentativamente, los límites del dominio tolteca, surgen dos problemas básicos. Primero, en el México antiguo prevalecía un concepto cíclico del tiempo; todo lo que pasara en una era sería reflejo de lo que había ocurrido antes y un adelanto de lo que habría de venir después. Los aztecas veían a su propio imperio como una repetición de los triunfos toltecas. Por consiguiente, cuando realizaron conquistas en la costa del Golfo de México supusieron que los toltecas hicieron lo mismo, aunque la evidencia de esto es muy poca. La presencia en los tiempos de la conquista española de hablantes de náhuatl en el litoral del Golfo no demuestra nada, pues no se sabe cuándo llegaron a este lugar.

Segundo, en vista de la fragmentada información escrita sobre el periodo anterior a los aztecas, surge la tentación de utilizar los estilos cerámicos como medio para definir las fronteras del imperio. Pero esto, como ya se dijo, es una tarea arriesgada. Si se quisiera estimar la extensión del Imperio Azteca, no mediante las detalladas listas del tributo y otros registros contemporáneos, sino con la presencia de cerámica azteca, las conclusiones serían en su mayor parte negativas. Grandes regiones que se sabe fueron conquistadas, como la de Oaxaca, revelan sólo escasos rasgos de la presencia azteca. Además, la cerámica asociada con la era tolteca, que se encuentra en todo México, no sirve para indicar dominio de Tula; no se hacía necesariamente en esta ciudad y ciertas piezas propias del periodo no se encontraron en Tula.

El cálculo más alto para la población de Tula es de aproximadamente 60 mil habitantes, con otros 60 000 que vivían en el campo cercano. Este total de 120 mil, es bastante menor al que residía dentro de la ciudad de Teotihuacán y es sólo una parte de la fuerza de trabajo de que disponían los aztecas, que incluía no sólo a los habitantes de su propia capital, sino también a las numerosas ciudades lacustres que tanto deslumbraron a los españoles cuando llegaron por primera vez; en esta época la población del Valle de México era aproximadamente de un millón y cuarto de habitantes. Es difícil imaginar que una ciudad de tamaño medio (otras estimaciones de la población de Tula llegan a 30 mil) pudiera apoderarse y conservar

—como se sugiere con frecuencia— un imperio que por el este llegaba al Golfo, por el sureste a Oaxaca y que se adentraba en el noroeste mexicano, donde ni siquiera los aztecas llegaron a poner un pie. A pesar de las fuerzas mucho más numerosas de que disponían, los historiadores aztecas con frecuencia nos recuerdan lo precario de su dominio; como carecían de un sistema de guarniciones fijas, combatían en interminables campañas contra pueblos que ya habían conquistado, pero que se rebelaban por la carga del tributo. Así, se enfrentaban a la necesidad de pelear en varias guerras al mismo tiempo, una proeza para la cual los toltecas no contaban con suficientes recursos humanos.

Finalmente, si se supone que los toltecas *hicieron* conquistas similares a las de los aztecas, una ciudad del tamaño de Tula no hubiera podido destinar a ningún fin imaginable la gran cantidad de tributo recibido de un dominio tan extenso. Las listas de tributos para los aztecas no explican de qué manera, incluso con una población mucho más grande, podían absorber partidas anuales como, pongamos por caso, un total de 123 400 mantas de algodón, ya que a las personas comunes se les prohibía usarlas.* Si Tula hubiera conquistado un territorio que se extendiera del Atlántico al Pacífico, su pueblo habría sido inundado por el tributo y las calles de la ciudad podrían haberse cubierto literalmente de oro, como sugiere el relato más imaginativo.

Una población máxima de 120 mil en la región de Tula no pudo proporcionar los hombres con edad militar que se necesitaban para tales conquistas, después de excluir el inevitable número de no combatientes: esclavos, artesanos, ancianos, jóvenes e impedidos. Es cierto que se puede lograr mucho con un número pequeño; el rey Enrique V, por ejemplo, salió a triunfar en la Batalla de Azincourt con un ejército de sólo 6 000 hombres, comparable quizás con la fuerza que Tula pudo haber reunido. Pero si bien es posible ganar batallas con fuerzas pequeñas, es mucho más difícil, como también lo descubrieron el rey Enrique y sus sucesores, realizar conquistas perdurables sin más tropas de apoyo.

Es posible demostrar una estrecha relación con la lejana Chichén Itzá, pero ni el estudio de su cerámica ni el de su arquitectura ofrece muchos indicios respecto a las otras conquistas de Tula, mientras que los documentos escritos reflejan con frecuencia acciones de los aztecas y no de los toltecas. En vista de la breve duración de Tula como potencia principal, sus triunfos fueron pasajeros y tras de sí sólo dejaron evidencias limitadas.

Ciertos datos con respecto al Imperio Tolteca provienen del cronista del siglo XVII, Francisco Chimalpain, quien escribe de tres reinos, Tollan, Culhuacán y Otompan, que compartían el dominio, y cuya existencia abarcó 191 años; al final de este periodo su alianza terminó y sólo Culhuacán sobrevivió como potencia importante. En la actualidad es un suburbio olvidado

* Algunos tipos de manta se utilizaban como medio de intercambio y el precio de muchos objetos se fijaba en mantas. [T.]

de la ciudad de México. Otompan u Otumba, como se le conoce ahora, está situada al noreste de Teotihuacán; sin embargo, el nombre náhuatl sencillamente significa "lugar de otomíes" y pudo aplicarse a algún otro sitio habitado por este pueblo. No obstante, esto es poco probable, ya que la Otumba que conocemos se convirtió en un importante pueblo en la última época prehispánica. Su ubicación es significativa; como aliado principal de Tula, habría proporcionado una relación con las glorias pasadas de Teotihuacán, de la que se encuentra muy cerca.

En todo caso, el concepto de una triple alianza va de acuerdo con la estructura que conocemos del Imperio Azteca, gobernado, como veremos, por tres ciudades, de las cuales Tenochtitlán era sólo la más importante. Para una ciudad-Estado mexicana era difícil, si no imposible, controlar un imperio sin la ayuda de aliados, y esta limitación existió tanto en Tula como en Tenochtitlán.

Culhuacán sobrevivió como bastión del poder tolteca después de la caída de Tula. Cuando el Imperio Tolteca estuvo en su apogeo, esta ciudad, situada en la orilla fértil del Lago de Texcoco, no fue sólo una segunda capital, sino que también sirvió como punto de partida ideal para la conquista de las cálidas tierras que se encuentran más allá de las montañas hacia el sur: el actual estado de Morelos. Desde tiempos inmemoriales, los pueblos de la meseta fueron atraídos por esta región baja, rica en algodón y artículos suntuarios requeridos como símbolos de distinción por la élite militar. Las fuentes históricas mencionan relaciones toltecas con Cuernavaca, actualmente la capital de Morelos, y la cerámica anaranjada pulida, característica de Tula, ha sido encontrada en esta región. Como se trata de una alfarería doméstica y no de exportación, es más probable que se le encuentre en los lugares donde estaban los ejércitos toltecas que en otros que sólo eran visitados por mercaderes. Además, Xochicalco también está situado en Morelos; aunque sólo perduró durante la primera parte de la era tolteca, es un sitio del cual Tula recibió muchas influencias. En cierto sentido, esta última es una heredera más directa de Xochicalco que de Teotihuacán.

Se puede considerar que los límites meridionales del Imperio Tolteca abarcaban por lo menos parte del Valle de Morelos. En el oriente, con seguridad llegaban hasta Tulancingo, mencionado por numerosas fuentes como el lugar en donde tradicionalmente dos grupos étnicos, los toltecas-chichimecas y los nonoalcas, unieron sus fuerzas; Tulancingo se encuentra junto al territorio de los huastecos, que ocupaban la costa. Como puede verse en el mapa 3, este sector oriental del dominio tolteca habría normalmente incluido pueblos como Actopan y Atotonilco, situados en una región fácil de penetrar según los sucesivos gobernantes del Valle de México, debido a la ausencia de cualquier obstáculo natural.

Se ha sugerido con frecuencia que los toltecas hicieron conquistas lejanas hacia el norte y el oeste de su capital. La evidencia de una verdadera conquista, diferente de los contactos, es pobre. Las relaciones comerciales

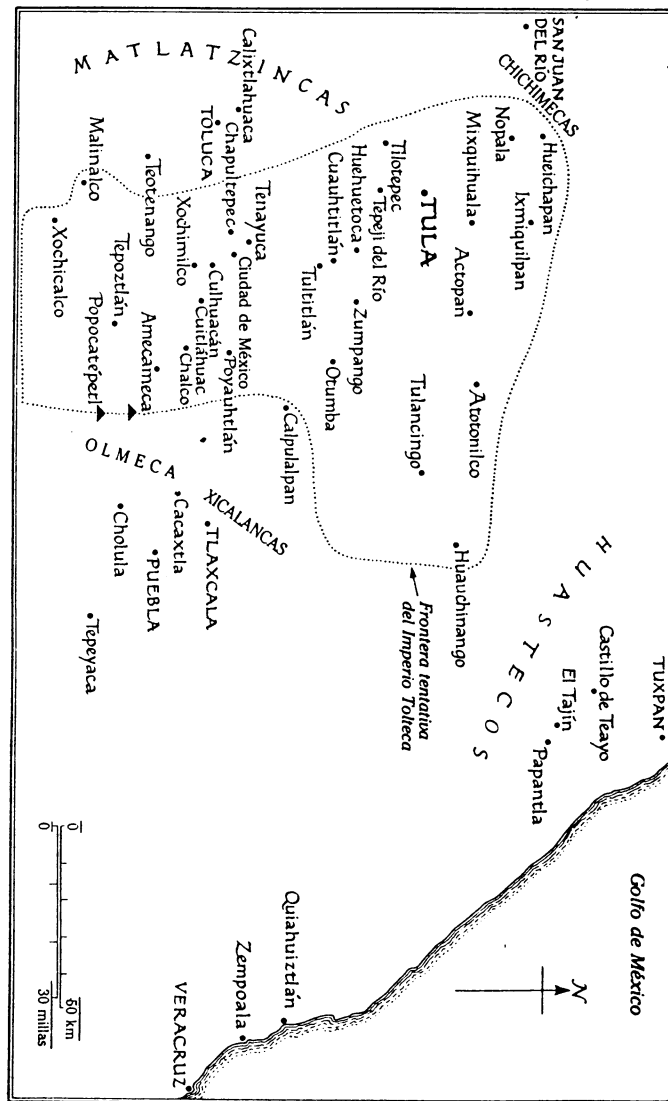
sí se pueden demostrar; por ejemplo, en el Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México se puede ver un disco de cobre que representa cuatro serpientes estilizadas y proviene de Casas Grandes, un gran sitio en Chihuahua, cerca de la frontera con los Estados Unidos de Norteamérica. Pero el museo también posee un disco casi idéntico de Chichén Itzá, la ciudad hermana de Tula en las tierras mayas, y ambos discos se parecen a un adorno que llevan los atlantes de Tula. Aún más adentro del suroeste estadounidense se han encontrado emblemas toltecas, como la Serpiente Emplumada con cuernos, y en la temprana cultura Pueblo, de Arizona, esferas de cobre cuyo origen es el México central y que datan de los tiempos toltecas.

La colonización cultural del noroeste corresponde más a Teotihuacán que a la era tolteca, cuando las influencias del centro de México ya estaban desapareciendo en los actuales estados de Zacatecas y Durango, que se localizan a la mitad de la distancia entre Tula y la frontera con los Estados Unidos de Norteamérica. Por lo tanto, es difícil estar de acuerdo con el arqueólogo estadounidense Charles Kelley, cuyo trabajo en este campo es notable, cuando escribe acerca de la penetración a esta región no sólo de mercaderes, sino también de "nobles militaristas toltecas" durante las últimas décadas del apogeo de Tula. Los rasgos culturales y las obras de arte como los discos de cobre, pudieron ser llevados por mercaderes de un lugar a otro y no dan una base sólida para llegar a conclusiones históricas firmes.

Una vez más, se convierte a los tiestos en gente, y la presencia de meros objetos portátiles producidos en algún lugar, es tomada como prueba de que se conquistó otro sitio. A pesar de todo, nadie piensa que los pueblos del sureste de Asia conquistaron Escandinavia sólo porque se han encontrado ahí figuras budistas, traídas por normandos que visitaron las tierras árabes. No hay seguridad de que el control militar tolteca se haya extendido en esta dirección mucho más allá de Teotlalpan. Con sus tierras irrigadas a los lados del río Tula, los toltecas pudieron satisfacer con creces sus necesidades de alimentos básicos: maíz, frijol y chile. Había, en consecuencia, más aliciente para expandirse en la dirección opuesta, hacia las tierras bajas, no en busca de maíz y frijoles, sino de turquesa, plumas y jade, sin los cuales no estaba completa ninguna ceremonia religiosa; a final de cuentas, incluso el abastecimiento de alimentos, en particular el maíz sagrado, dependía tanto de estos ritos de homenaje a los dioses como de consideraciones más materiales, por ejemplo, un buen cuidado.

El problema de la extensión del Imperio Tolteca se hizo aún más confuso por el párrafo inicial de una importante fuente histórica, la *Historia tolteca-chichimeca*. Este documento presenta una lista de 20 lugares que el texto náhuatl llama "las manos y pies" de Tula. Sin embargo, el término es ambiguo y diferentes traductores no se han puesto de acuerdo en si estos pueblos fueron en realidad aliados o súbditos.

El asunto se complica por la inclusión en la lista de varios pueblos que



MAPA 3. El dominio tolteca

estaban ostensiblemente muy alejados de Tula. El investigador alemán Walter Krickeberg, en los años treinta, estuvo entre los primeros que buscaron su ubicación correcta; los nombres están divididos en cuatro grupos de cinco, e identificó las ciudades del segundo de estos cuatro grupos con lugares que están en la costa del Golfo de México o cerca de ella, en el actual estado de Veracruz; estos sitios todavía existen hoy en día y eran muy importantes en los últimos tiempos precolombinos. No obstante, Paul Kirchhoff, otro destacado investigador alemán, identificó otros lugares que llevan los mismos nombres, pero muy cerca de Tula. Considero que es más probable que Kirchhoff esté en lo cierto, en ausencia de evidencia más concreta de que los toltecas conquistaron la costa del Golfo.

Aún existen enclaves de hablantes del náhuatl en el litoral del Golfo, donde se difundió mucho este lenguaje. Pero éstos pudieron llegar en cualquier época. No sólo Sahagún expresa que "los sabios" fueron hacia el oriente a la caída de Teotihuacán; otras fuentes narran cómo, en tiempos aztecas, durante la gran hambre de 1450-1454, la gente vendió sus hijos a los habitantes de las bien irrigadas regiones costeras a cambio de alimentos.

La arqueología no ofrece ninguna prueba de una intervención armada tolteca en esta región. José García Payón, quien excavó El Tajín, describe la pirámide del Castillo de Teayo, a unos 50 kilómetros al norte de El Tajín, como contemporánea de Tula, con la que tiene un parecido notorio. Esto sin duda es cierto, pero al igual que la golondrina del proverbio no hace verano, una sola pirámide es un débil cimientito para crear visiones de un imperio que iba de costa a costa. Para quienes tienen el tiempo necesario, una visita al Castillo de Teayo vale la pena. Su pirámide de estilo tolteca es única, ya que constituye la pieza central de la plaza de una pequeña aldea moderna. Es, además, una de las pocas pirámides fuera del área maya, que conserva parcialmente el templo original que estuvo en su parte superior, el cual ha desaparecido en tantos de los monumentos más conocidos. Es poco probable que los toltecas hayan conquistado el Valle de Toluca. Su capital, Toluca, está hoy en día a sólo una hora en automóvil desde la ciudad de México. Al sur de Toluca, a 24 kilómetros, se encuentra el gran sitio de Teotenango, fundado casi un siglo antes que Tula. El cronista Chimalpain escribe de guerras sostenidas entre Tula y Teotenango, y menciona gente que emigró de ahí a Tula. Román Piña Chan, quien excavó y restauró el sitio en la década de los sesenta, recalca sus relaciones con el Teotihuacán de los últimos tiempos y con Xochicalco, pero insiste en que no se encuentra nada específicamente tolteca en el sitio, en contraste con los restos reconocibles de los aztecas, que conquistaron el Valle de Toluca.

Chimalpain escribe sobre una estructura de Teotenango a la que llama Pirámide de los Toltecas; dice que fue construida junto al agua, en la que crecían grandes juncos. También menciona otro templo, dedicado al principal dios de Teotenango, adornado con altares cubiertos de piedras preciosas, que trae a la mente la descripción de las maravillas de Tula hecha por

Sahagún. El cronista afirma que estos monumentos eran tan grandiosos que el rey de Tula tuvo envidia e intentó destruir este rival de los esplendores de su propia capital.

Pese a lo exagerado de la narración del cronista sobre Teotenango, éste sigue siendo un sitio imponente, al cual se llega con facilidad desde la ciudad de México. Fue fundado aproximadamente en 700 d.c., durante las etapas finales de la hegemonía teotihuacana; los tuestos encontrados en los niveles inferiores se relacionan con la última fase de Teotihuacán. Poblado mucho después que El Tajín o Xochicalco, el Teotenango de los primeros años llena el vacío entre el clásico tardío y el postclásico temprano. A diferencia de la mayoría de las ciudades de los tiempos toltecas, todavía florecía cuando la conquista española. El sitio es muy estratégico; por un lado está protegido por un gran muro, en tanto que en los otros tres la abrupta pendiente de la montaña lo protege de ataques. Visto desde lejos, el anillo protector de piedra podría haber sido esculpido en la roca por un dios creador, y por lo tanto se le llamó con acierto Teotenango, "el lugar de la muralla divina". La superficie de la ciudad antigua es más grande que el área ocupada por la moderna, que se encuentra abajo y que tiene 12 000 habitantes, sin embargo sus casas están más concentradas. En tiempos de la conquista es probable que la élite viviera en el cerro fortificado, en tanto que el resto de la población lo hacía en la planicie.

Aunque la falta de restos típicamente toltecas en el sitio no prueba que los toltecas nunca conquistaron Teotenango, sus defensas naturales son tan formidables que estaba bien ubicado para rechazar cualquier asalto. Además, el Valle de Toluca, que está a una altitud mayor y más fría que el Valle de México, no ofrecía productos que no tuvieran libremente los toltecas más cerca de su ciudad.

Se ha escrito mucho sobre las rivalidades entre Tula y las ciudades-Estado del Valle de Puebla al este, atrás de los volcanes nevados. Esta región habría de jugar un papel importante en los tiempos aztecas, más como enemigo que como provincia conquistada, y su ciudad principal en ese entonces, Tlaxcala, se convirtió en aliada fiel de Cortés. Pero en la era tolteca, Tlaxcala todavía no adquiría importancia y el poder de Cholula se había eclipsado temporalmente. Por suponer, al igual que los antiguos mexicanos, que la historia se repite, los investigadores tienden a sugerir que si Cholula fue importante antes y después de los toltecas, forzosamente era la gran rival de Tula, y se le atribuye incluso un papel importante en la decadencia y caída de esta última. Pero ninguna evidencia arqueológica o escrita apoya tal hipótesis. Durante la fundación de Tula, la Gran Pirámide de Cholula casi estaba abandonada. Las estructuras sencillas a sus lados pertenecen al periodo tolteca, pero son tan pequeñas que llegan a ser poco más que la obra de algunos intrusos. En el curso de la era tolteca Cholula tuvo un pequeño renacimiento, pero sólo después de la caída de Tula logró alcanzar un auge más espectacular, que dio su nombre a la famosa cerámica policromada de los aztecas y cuyo legado incluye códices importantes.

El Valle de Puebla estaba habitado en este tiempo por gentes a las que confusamente se les llama olmecas-xicalancas, aunque no tiene absolutamente nada que ver con los olmecas originales de la costa del Golfo. A veces se les llamó también "olmecas históricos". No fundaron ningún centro de civilización remotamente comparable con Tula o incluso con Teotenango. El arqueólogo Ángel García Cook trabajó en la región de Puebla-Tlaxcala y encontró muchas aldeas grandes, contemporáneas de Tula, pero ningún pueblo, lo que sugiere una muy baja densidad de población. Esta imagen ha sido poco modificada por los descubrimientos en Cacaxtla ya mencionados; el sitio es pequeño; no necesariamente perteneció a estos olmecas históricos y en ningún caso fue un rival potencial para Tula. El territorio olmeca-xicalanca, que comprende el Valle de Puebla y que por el este llega hacia la costa, debe verse más como una tierra de nadie entre los dominios toltecas y los pueblos del litoral, que como un imperio por derecho propio.

No obstante, si los pueblos del Valle de Puebla no fueron rivales militares de Tula, su capacidad como mercaderes fue importante. En Guasave, en la costa de Sinaloa, aproximadamente 1 600 kilómetros al noroeste de la región de Puebla, en niveles que se han fechado entre 900 y 1250 d.c. y que por lo tanto coinciden con la era tolteca, se encontró todo un complejo de utensilios extraordinariamente similares a los del México central; sin embargo, no están relacionados con los de Tula, sino con otros más típicos del Valle de Puebla. Algunos objetos tienen conexiones obvias con Culhuacán en el valle central y en Guasave los restos antiguos de comida incluyen huevos de libélula, un manjar del Valle de México que se obtenía por medio de postes clavados en el lago salino de Texcoco. Esta inesperada prueba de comercio entre el Valle de Puebla y el noroeste es típica de la tendencia a que aparezcan relaciones entre dos regiones distantes del México antiguo, patentes en los estilos u objetos de los que no se pueden encontrar restos en las tierras intermedias; el ejemplo más dramático de esto lo proporciona Tula y sus nexos con Yucatán.

EL ENCLAVE EN TIERRAS MAYAS

La relación entre Tula y Chichén Itzá, que se encuentra 1 500 kilómetros al oriente, es uno de los grandes enigmas de la historia prehispánica. En el caso de Teotihuacán y Kaminaljuyú, que ya se trató, los rasgos comunes en el arte y la arquitectura son tan notorios que implican contacto directo y quizás alguna forma de colonización. Entre Tula y Chichén Itzá las similitudes llaman incluso más la atención.

Estos misteriosos paralelos se han descrito con frecuencia. Por mencionar sólo unas cuantas formas de arte comunes: en ambos lugares existen frisos de guerreros, chac mool, procesiones de jaguares, cariátides o atlantes para sostener los techos y pectorales en forma de mariposa. Además, comparten elementos arquitectónicos específicos: escaleras con balaustres de

serpientes esculpidas, columnas formadas por cuerpos de serpientes cuyas cabezas están al nivel del suelo, altar de cráneos y vestíbulos llenos de columnas. De estos rasgos comunes, los más evidentes para cualquier visitante son las grandes áreas adyacentes al Templo de los Guerreros de Chichén Itzá y al Templo de Quetzalcóatl en Tula, cada una repleta de hileras de columnas; estos vestíbulos con columnatas son únicos en México. Aparte de los detalles, ambos sitios están imbuidos por el mismo tema general. Los dos presentan una austeridad ajena a la tradición maya más exuberante y en marcado contraste con sus perfiles floridos. No sólo están presentes en abundancia los emblemas de la muerte, los cráneos y los animales de rapiña, sino que los guerreros que se muestran en los frisos y relieves son idénticos en vestimenta y físico. Los de Chichén carecen del típico perfil maya y son abiertamente toltecas.



FIGURA 27. *Chac mool tolteca del tipo que también se encuentra en Chichén Itzá*

Las similitudes en la forma de la cerámica, digamos, de Teotihuacán y de la dinastía Han de China, pueden legítimamente atribuirse al azar. Pero entre Tula y Chichén los paralelos son tan estrechos y tan numerosos que desafían este tipo de explicación. Tomemos un ejemplo específico de un par de edificios, uno en cada ciudad: el juego de pelota que ocupa el lado occidental de la plaza principal en Tula, excavado por Eduardo Matos, aunque es menos imponente, presenta todos los elementos importantes del gran juego de pelota de Chichén. Ambos están en el lado oeste de sus respectivas plazas y comparten la misma orientación norte-sur; tienen un perfil idéntico de banqueta con pendiente y un muro vertical, muy diferente de la mayoría de los juegos de pelota mexicanos; cada uno tiene una escalera impresionante en el lado occidental y un altar de cráneos en el oriental; aun en su tamaño son comparables, pues el juego de Tula es el segundo más grande que se conoce después del de Chichén y mide 120 metros de norte a sur.

El Chichén que se convirtió de esta manera en la ciudad hermana de Tula fue una creación tardía de la civilización maya, y floreció algún tiempo después de la caída de las ciudades mayas clásicas. La sucesora más inmediata de éstas, aunque en parte su contemporánea, fue una cultura que se conoce como puuc, así llamada por los pequeños cerros del suroeste de Yucatán; sus primeros edificios coincidieron con la última fase del clásico maya, y después el puuc perduró hasta el surgimiento del estilo "maya tolteca" en Chichén, aproximadamente en 1000 d.c. La arquitectura puuc es muy distinta de la clásica o de la maya tolteca. La parte inferior de la fachada de sus largos edificios está libre de decoración, en tanto que la superior se encuentra cubierta por exuberantes mosaicos de piedra, en los que figuran extraños mascarones de la serpiente celestial cuya nariz termina en volutas, alternados con diseños geométricos entrecruzados. El sitio puuc más impresionante es Uxmal, unos 75 kilómetros al suroeste de Mérida, la capital de Yucatán; no lejos de Uxmal están otros dos importantes centros de esta cultura: Kabah y Sayil.

Chichén Itzá ya era muy importante en el periodo puuc; El Caracol, al que también se le conoce como El Observatorio, pertenece a esta época, y el Castillo, cuyo exterior visible es maya tolteca puro, fue construido encima de una pirámide puuc más temprana.

La tierra maya se había convertido en un centro de atracción para la gente de la meseta central mucho antes del surgimiento de Tula; después de las influencias de Teotihuacán en Tikal y otras partes, durante el periodo puuc aparecen serpientes emplumadas, figuras de guerreros con perfiles no mayas y otros signos de penetración. Sin embargo, el proceso alcanzó su mayor intensidad durante el apogeo de Tula, tal como lo muestra la evidencia arqueológica y es confirmado por las fuentes escritas.

La llegada de los toltecas a Yucatán se menciona específicamente en los *Libros de Chilam Balam*. Chilam Balam significa "profeta jaguar" y estos libros de las llamadas "profecías" son transcripciones coloniales de los cantos y leyendas mayas más antiguos. Aunque se les denomina profecías, son un medio de registrar la historia. Los mayas postclásicos habían abandonado la Cuenta Larga, con fechas que se empiezan a contar a partir de un año cero. En cambio, medían el tiempo en periodos de aproximadamente veinte años, llamados *katunes*; éstos se numeraban del uno al trece y se les acompañaba con el nombre *ahau*; en consecuencia, cualquier *katún* se repite cada 256 años. Pero como su concepto del tiempo era cíclico, lo que ocurría en, digamos, el *katún 8 ahau*, con toda seguridad volvería a suceder cuando se repitiera este *katún* 256 años después. Por consiguiente, cuando el Chilam Balam hace la "profecía" de que Quetzal, el pájaro verde (es decir Quetzalcóatl, o Kukulcán en maya), llegará en el *katún 4 ahau* (con el verbo en futuro), se trata sólo de una manera de expresar que ya había llegado en un anterior *katún 4 ahau*; el *katún 4 ahau* en que Quetzalcóatl realmente llegó a Chichén probablemente cae entre 968 y 987 d.c.

El *Popol Vuh*, la gran epopeya de los mayas quichés de las tierras altas

de Guatemala, también pone énfasis en la ascendencia tolteca de su pueblo y narra cómo llegaron de la gran "Tulán Zuiva" o "Tulan del oeste". El *Popol Vuh* se refiere a Gucumatz (Quetzalcóatl en lengua quiché) como un gobernante sabio y culto que fue el fundador de la tribu. Tales textos dan a entender que estos mayas fueron gobernados en una época por hombres que llegaron de Tula, y en particular por un líder que adoptó la versión local del nombre Quetzalcóatl, Kukulcán o Gucumatz. Estas historias están totalmente de acuerdo con la arqueología de Chichén y con sus representaciones de tantas figuras de tipo tolteca; las personas de estos relieves son claramente importantes para ser meros mercaderes, en vez de guerreros o conquistadores.

Los mayas itzaes, que vivían en Chichén cuando este Kukulcán arribó, eran recién llegados. También vinieron del occidente aproximadamente sesenta años antes y lograron forjar un pequeño imperio en Yucatán, del cual Chichén era la capital. Incluso los jefes de las tierras altas guatemaltecas enviaban emisarios al Gran Señor Nacxit, otro nombre de Quetzalcóatl, que residía en Chichén.

Aún falta responder esta pregunta: ¿cómo debe explicarse la relación estrecha entre Chichén y Tula, de la cual existen irrefutables evidencias? Durante las etapas finales de Teotihuacán se habían tenido contactos en la dirección opuesta, como ya vimos, que son manifiestos por los elementos mayas en Xochicalco y Cacaxtla. Pero nadie sugiere que los mayas hayan gobernado tales lugares, y estas obras de arte inspiradas por ellos pudieron ser el trabajo de artistas viandantes. Por el contrario, un mural de Cacaxtla muestra personas con perfiles y adornos mayas sometidas por guerreros característicos del México central, una escena no muy diferente de las que se encuentran en Chichén y son posteriores por varios siglos.

La relación Chichén-Tula es de otra clase, y la hace todavía más extraña el extenso territorio que las separa y que tiene pocos indicios de una presencia tolteca. La clave de este misterio puede estar en Nonoalco, o Tabasco, el hogar original de uno de los dos grupos que fundó Tula. Sabemos que durante el clásico tardío los mayas estaban presentes en la costa de Tabasco, al oeste de Yucatán, una presencia que atestigua Comalcalco, el gran sitio de tipo maya al noroeste de Villahermosa, la moderna capital de Tabasco. De igual manera, sabemos que cerca de quinientos años después los mercaderes aztecas se habían establecido 80 kilómetros más allá de Comalcalco, en un lugar llamado Xicalango, donde en tiempos de la conquista se hablaba en parte náhuatl, aunque no era tributario del Imperio Azteca. Sin embargo, no sobrevive nada de ningún asentamiento tolteca en Tabasco, la entrada a Yucatán; los toltecas no dejaron en su ruta nada que sea remotamente tolteca, a pesar de lo cual de repente, en la lejana Chichén, se encuentran pirámides y palacios que parecen grandiosas réplicas de los de Tula.

Investigadores anteriores, inclusive Acosta, tendieron a pensar en un tráfico con una sola dirección y dieron por hecho que los toltecas habían

dominado a Chichén en todo sentido, a la vez que creado un nuevo estilo, que puede más convenientemente describirse como maya-tolteca. La prueba estaba ante los ojos de quien la quisiera ver, en forma de guerreros de tipo tolteca, chac mooles, dioses no mayas, etc. Pero aunque es claro que los toltecas penetraron en Yucatán, en vez de que los mayas se hubieran establecido en Tula, se ha discutido mucho sobre el lugar en donde se originó el estilo maya-tolteca. En particular, George Kubler señala que Chichén, fundada mucho antes que Tula, fue el centro de un florecimiento nuevo y genial de la cultura maya que debió inspirar los edificios de Tula, similares pero más burdos. Según Kubler, el periodo formativo del estilo Chichén-Tula únicamente debe buscarse en Chichén; sólo acepta que algunos rasgos comunes, inclusive elementos del culto a la Serpiente Emplumada, se originaron en Tula, pero insiste en que Chichén en muchos aspectos no fue el receptor, sino el creador de un nuevo estilo de pintura y de escultura.

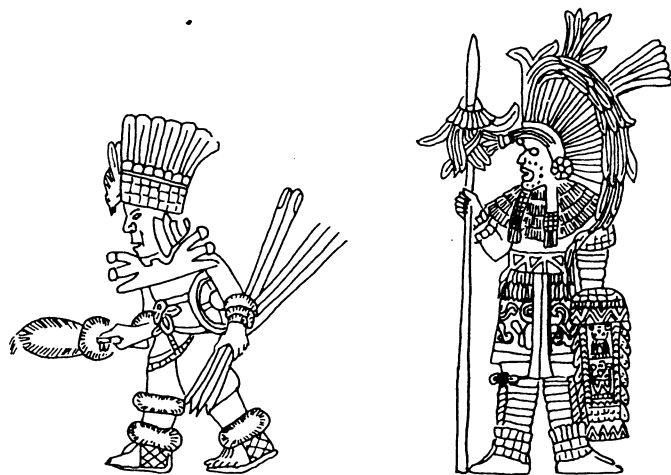


FIGURA 28. Guerrero con rasgos toltecas representado en un relieve de Chichén

Alberto Ruz Lhuillier, el descubridor de la famosa tumba de Palenque, afirma lo contrario; acepta la presencia en Chichén de ciertos elementos no toltecas, pero sostiene que las principales innovaciones en este centro no son mayas. Para citar un ejemplo, Ruz insiste en que las columnas de serpientes características, con cabezas a ras de suelo, no son una herencia del estilo maya puuc, del que no tienen antecedentes; considera al dominante culto a la Serpiente Emplumada y sus formas de arte como una exportación tolteca, ajena a los mayas clásicos.

La controversia no podrá resolverse si se supone sencillamente que la cultura de Chichén es puramente tolteca o viceversa. Primero es necesario

destacar que ciertos elementos del estilo tolteca-maya no son ni toltecas ni mayas; por ejemplo, es más probable que las columnas se hayan originado en Oaxaca; otros rasgos, como la orientación norte-sur de los edificios, se originaron durante Teotihuacán e incluso antes; los relieves del juego de pelota en Chichén siguen un patrón establecido por El Tajín, no por Tula. Sin embargo, aparte de los detalles estilísticos, todo el espíritu de Chichén indica una presencia tolteca, que por lo general se fecha en 1000 d.c. más o menos. Independientemente de los orígenes de su arquitectura, la esencia de Chichén corresponde al México central y no a los mayas de las tierras bajas. Si se comparan los monumentos del Chichén más reciente con, digamos, el puuc característico de Uxmal, la diferencia llama la atención. En las floridas fachadas del puuc, que también están presentes en el Chichén viejo, sobrevive la tradición barroca maya. En contraste, el Chichén tolteca, inclusive el principal centro ceremonial, tiene una apariencia casi "nórdica". Sus proporciones geométricas, sus espacios abiertos y sus rígidos perfiles son extraños a la tierra maya, y en cambio son característicos del altiplano más frío y árido.

El estilo tolteca-maya es la expresión visual de nuevas formas de culto. El centro ceremonial maya clásico se proyecta hacia adentro, no hacia afuera, e implica que los ritos más sagrados estaban reservados para unos cuantos y protegidos de la mirada de las multitudes. En marcado contraste, las pirámides de Chichén, de manera similar a las del altiplano, quedan enfrente de plazas desde las cuales el pueblo podía observar las ceremonias, de igual forma en tiempos de la colonia se construyeron "capillas abiertas" a los lados de las iglesias para beneficio de la numerosa asistencia de indígenas convertidos.

Pero aunque los toltecas trajeron un nuevo espíritu a Chichén, de esto no se deriva que hayan inventado las formas de arte que inspiró. No sólo ciertos edificios de Chichén son más antiguos que los de Tula; su arte también es más rico y más versátil, y en este aspecto no es posible negar la inferioridad de Tula. Sólo se tienen que estudiar los dos grandes juegos de pelota para apreciar que el que está a un lado de la plaza de Tula es un reflejo pálido, si no es que lastimoso, de su contraparte en Chichén, y hay que reconocer que las adiciones que hicieron los aztecas no lo mejoraron.

La lógica sugiere que los monumentos de Tula fueron diseñados de acuerdo con los de Chichén, en vez de lo contrario. Si existen dos réplicas de una determinada estructura, la versión más espléndida es supuestamente la original; difícilmente conocemos casos en que un edificio o estatua que copia a otro supere al prototipo en grandeza y belleza, como los de Chichén superan a los monumentos de Tula.

La época tolteca-maya puede reconstruirse como sigue. A finales del siglo x d.c., bandas de toltecas, que en su mayor parte pertenecían a la rama nonoalca de la familia, nativa de la costa del Golfo, regresaron de Tula a Tabasco, la tierra original tanto de los nonoalcas como de los itzaes de Chichén. De allí llegaron hasta Chichén, invitados por los itzaes.

A juzgar por la preeminencia en el arte de Chichén de gente con perfil no maya, los recién llegados arribaron no sólo como mercaderes, sino como conquistadores; las numerosas imágenes de la Serpiente Emplumada sugieren que los invasores llevaron a su dios con ellos; así, arribaron armados con la espada y las escrituras. No pudieron ser numerosos, ya que ni el lenguaje ni la apariencia del pueblo cambió. De aquí que la incursión tolteca podría compararse con el florecimiento temporal de la cultura francesa en Egipto, traída desde lejos por Napoleón, pero sin el control de las tierras y mares intermedios. Mucho tiempo después, los itzaes fueron arrojados de Chichén y los españoles no los conquistaron sino hasta 1697, en una época en que vivían en varias islas en la jungla del Petén guatemalteco. Su lenguaje seguía siendo maya yucateco puro de un tipo arcaico, usaban pocos nombres en náhuatl y no tenían características "mexicanas".

Si los invasores toltecas impusieron su ideología guerrera, la cultura resultante fue una unión de militarismo tolteca y genio maya, que dependía de las tradiciones artísticas mayas. Después de prosperar en tierras extranjeras, los principales elementos del estilo tolteca-maya fueron retrasmittidos a Tula, en donde se les utilizó hasta que en el siglo XII d.C. ambos centros decayeron.

LA VIDA EN TULA

Si bien el poder tolteca es a veces exagerado por los historiadores, nadie pone en duda que fueron conquistadores que exigían tributo a sus vecinos. Así, Tula se convirtió en una ciudad rica, sin importar que las riquezas se obtuvieran a costa de otros. Mucho del tributo consistió en objetos de lujo para los nobles y reportó pocos beneficios al pueblo.

Los datos con los cuales se puede reconstruir la vida diaria del tolteca ordinario son escasos, y es difícil escapar a la tentación de juzgar la vida en Tula con el criterio más familiar de la Tenochtitlán azteca. Sin embargo, las comparaciones entre Tula y Teotihuacán podrían ser más adecuadas, pues nuestro conocimiento de ambas es similar y se basa más en la arqueología que en los textos.

La ciudad no fue construida de acuerdo con una cuadrícula, como Teotihuacán. No se han descubierto avenidas importantes y esto recuerda a muchos centros mayas. Pero mientras en el México moderno los ricos se van a los suburbios, en Tula vivían en, torno al centro de la ciudad, donde los edificios son más opulentos, aunque las construcciones cercanas a la acrópolis no eran residenciales. El "Palacio" adyacente no tiene cocinas y sus funciones eran ceremoniales, servía como lugar donde se vestían los sacerdotes y se guardaban objetos rituales, en forma parecida a la sacristía y los cuartos anexos a una catedral. Esta acrópolis, por ser la principal plaza de Tula, fue la sucesora del más antiguo Tula Chico, que posteriormente casi fue abandonado. También en esto Tula difirió de Teotihuacán, cuya traza planificada sobrevivió intacta.

Asimismo, Tula es diferente en otro aspecto de Teotihuacán, que actuó más bien como una esponja al absorber dentro de su perímetro urbano a todas las personas que cultivaban la tierra en el campo circundante. Por el contrario, se han encontrado varias aldeas dentro de un radio de 15 kilómetros a partir de Tula con cerámica del periodo tolteca, esto implica que parte de los labradores vivían afuera de la capital, y llegaban quizás a la mitad del total. Por lo tanto, mientras que algunos habitantes de Tula salían de la ciudad todos los días para labrar los campos, la proporción era menor que en el caso de Teotihuacán; además, habrían tenido que caminar menos debido al tamaño de la ciudad.

La estimación aproximada de 60 000 habitantes para Tula se basa en una cifra igualmente burda de 5 000 habitantes por kilómetro cuadrado. Es decir menos que para Teotihuacán, ya que la capital tolteca estaba muy extendida; los espacios entre las casas eran amplios, aunque no se sabe para qué se ocupaban, ya que el suelo no era adecuado para tener huertos; en esto difiere radicalmente de la Tenochtitlán azteca, que contaba con pequeñas parcelas bien irrigadas.

El proyecto de la Universidad de Missouri ha proporcionado datos útiles sobre las casas individuales, pero estos informes difícilmente dan una idea de lo que era vivir en esas casas. Se han encontrado innumerables montículos pequeños que parecen ser casas para familias extensas; uno de éstos, el cual se excavó, contenía cinco unidades familiares en torno a un patio. Este patrón de construcciones pequeñas es muy diferente de los complejos teotihuacanos, aunque en cierto grado habría de repetirse en Tenochtitlán. Sin embargo, la proporción del área de Tula que se destinaba a residencias privadas en comparación con la dedicada a templos y palacios es mucho mayor; la existencia de esta ciudad fue breve y su traza menos formal tendría que compararse con la de Teotihuacán en, digamos, 200 d.C., antes de que fuera totalmente remodelada y levantada de manera colosal. Las casas de Tula no estaban construidas con piedra, sino con bloques de adobe; en ciertos casos sus paredes se hacían con tierra húmeda presionada en un molde, como el concreto precolado de la construcción moderna. En las residencias excavadas los cuartos son diminutos según las normas modernas; en una casa típica, el mayor mide cerca de tres metros por lado, en tanto que los cuatro cuartos que lo rodean son poco más que cubículos cuya superficie total es igual a la de la cámara grande; una de las casas del mismo grupo tiene su propio horno alfarero. Estos cuartos tan pequeños servían principalmente como dormitorios, pues la gente pasaba mucho tiempo afuera y se retiraba a descansar al ponerse el Sol. La monotonía de la vida diaria era interrumpida por fiestas en honor de la Serpiente Emplumada y otros dioses.

Los que trabajaban los campos cosechaban los típicos cultivos de tierras altas, principalmente maíz, frijol y chile; también servían como soldados en las campañas importantes en ausencia de guerreros de tiempo completo, aparte de los nobles. En la era nueva y guerrera, la exigencia del servicio

militar habría sido más pesada que en tiempos anteriores, en particular debido a los limitados recursos humanos de Tula.

Se han descubierto muchos talleres de obsidiana que indican la presencia de una numerosa clase de artesanos o especialistas dedicados a esta y otras industrias. Indispensable tanto en la guerra como en la paz, no es posible exagerar la importancia de este material en la vida de los pueblos precolombinos. En virtud de su floreciente industria de obsidiana, Tula alcanzó la posición, en términos modernos, de una "economía desarrollada". Sus numerosos talleres estaban situados en dos sectores de la ciudad; al igual que durante los tiempos teotihuacanos, la materia prima provenía de las grandes minas cercanas a Pachuca.

El tejido era otra actividad comercial importante y el gran número de husos (malacates) que se encuentran en los desechos domésticos sugiere que los textiles, al igual que la alfarería de uso diario, se hacían más en las casas que en talleres. Es poca la evidencia de objetos hechos en Tula y exportados a otras regiones. Por otra parte, muchos bienes importados han sido descubiertos en el sitio; éstos comprenden cierta cantidad de cerámica plomiza fabricada en la región fronteriza entre México y Guatemala, donde se producían finas vasijas-efigie, algunas de las cuales tal vez eran diseñadas específicamente para los nobles de Tula. Una vasija estupenda, cubierta con muchas placas de madreperla, muestra la cara de un hombre barbado que surge de las mandíbulas de un coyote. La cerámica plomiza era la principal alfarería que se comerciaba en aquel tiempo, y continuó así hasta aproximadamente 1100 d.c. Es una de las pocas cerámicas verdaderamente vidriadas de la América prehispánica.

Pocos indicios han sobrevivido en Tula de los materiales más exóticos, como la turquesa y el jade, de los que hay informes de que fueron utilizados allí, y sólo se ha encontrado una placa de jade en todo el sitio. Sin embargo, el vestido de los guerreros en los frisos pintados atestigua con creces el difundido uso de lujosos ornamentos, muchos de los cuales seguramente llegaron a Tula como tributo; aunque los toltecas no hayan conquistado la costa tropical que producía las llamativas plumas, su dominio por lo menos limitaba con las tierras bajas y cálidas, y así tuvieron acceso a estos productos.

Los sacerdotes casi tenían la misma posición que los guerreros. Los dos estaban estrechamente relacionados, ya que el gobernante Topiltzin Quetzalcóatl es descrito como rey y sacerdote. La clase de los mercaderes, que desempeñó un papel clave en el Imperio Azteca, con seguridad existió en el postclásico temprano; en este tiempo el intercambio de bienes no sólo se hacía con los pueblos del este, sino también entre el México central y el distante noroeste. Las largas caminatas eran parte del patrón de vida mesoamericano desde los olmecas e incluso antes, y los mercaderes toltecas sin duda las realizaron, aunque las teorías de que llegaron ellos mismos hasta la parte suroeste de los actuales Estados Unidos de América no puedan demostrarse.

DECADENCIA Y CAÍDA

El Imperio Tolteca duró muy poco. Pero como sucede con sus predecesores, ni los datos históricos, ni los arqueológicos, explican completamente las causas de su colapso. Tula también fue destruida en parte; Acosta excavó un edificio adyacente a la pirámide principal, al que llamó Palacio Quemado; sus bloques de adobe, convertidos en ladrillo por el calor de las llamas, todavía son visibles hoy en día. Acosta, con base en sus descubrimientos en la acrópolis, afirma que la ciudad fue arrasada por un gran fuego y sometida a un saqueo implacable. No obstante, la evidencia de las zonas residenciales exploradas en fechas posteriores es menos concluyente.

Ahora se dispone de más datos de Tula que arrojan luz sobre su fundación y apogeo, pero los arqueólogos todavía no pueden explicar qué ocurrió durante su caída. No pueden decir con seguridad si Tula fue o no abandonada después del gran incendio descubierto por Acosta, antes de que volviera a ser un lugar muy importante en los tiempos aztecas. Este vacío en nuestro conocimiento puede ser llenado por excavaciones adicionales, y ofrece un ejemplo del tipo de investigación que tanto se necesita en la arqueología mexicana.

Varias fuentes escritas nos hablan de la decadencia de Tula. En vista de que para los aztecas la historia empezó con los toltecas, muchos textos que tratan de los últimos tiempos prehispánicos empiezan su historia con la caída de Tula, y los informes sobre acontecimientos anteriores son poco más que una leyenda. Estas narraciones tienden a ser confusas y contradictorias, y es preciso depurarlas con cuidado. Con frecuencia diferentes documentos asignan un mismo acontecimiento a diferentes periodos o culturas; sólo después de un estudio cuidadoso puede determinarse cuál es realmente su lugar, si es que lo tiene, en los anales históricos.

Las descripciones escritas del colapso de Tula, aunque confusas, al menos son dramáticas. Si se tiene en cuenta su contenido más bien contradictorio, surge el siguiente patrón de acontecimientos. Primero, aproximadamente en 1125 d.c., Tula entró en lo que para Toynbee fue su "época de problemas", la etapa preliminar en el proceso de decadencia imperial, frente al enemigo interior y al enemigo exterior. Los dos grupos originales que llegaron a Tula, los toltecas-chichimecas y los nonoalcas, nunca se habían fusionado y ahora surgió una división entre ellos. Como consecuencia, algunos toltecas-nonoalcas salieron hacia el oriente y tomaron la ciudad de Cholula de manos de los olmecas-xicalancas, que aún estaba en su poder en esos años. Sin embargo, cerca de seis años después regresaron y derrotaron a sus conquistadores toltecas, a los que de amos convirtieron en sus sirvientes.

Incapaces de superar a sus enemigos, los toltecas de Cholula enviaron una delegación al lejano y legendario Lugar de las Siete Cuevas y buscaron la ayuda de chichimecas nómadas, que, según la tradición, vivían allí. Los líderes chichimecas escucharon sus llamados y llegaron con gran fuerza

a Cholula para rescatar a sus acosados aliados. Esta expedición fue la primera de una oleada continua de emigrantes del norte, que a final de cuentas terminó por aplastar a Tula y dominó brevemente el escenario después de esta caída. Tal como lo narra el historiador tlaxcalteca Muñoz Camargo, un grupo de estos chichimecas fundó Tlaxcala, la futura aliada de Hernán Cortés.

La historia de los chichimecas que llegaron al rescate de los toltecas de Cholula es descrita vívidamente en la *Historia tolteca-chichimeca*. En este manuscrito el texto náhuatl, transcrito a una escritura europea clara y fluida, está ilustrado con dibujos de tipo indígena, aunque con un estilo más bien europeizado. Los dos líderes de los toltecas, barbados como hidalgos españoles y vestidos con ajustadas túnicas españolas adornadas con plumas nativas, son mostrados cuando entran al Lugar de las Siete Cuevas, donde los líderes chichimecas de las siete tribus los aguardan; dibujados con estilo indígena, sólo se muestran las cabezas de estos últimos. En otro folio del manuscrito los líderes toltecas perforan la nariz de seis líderes chichimecas vestidos con pieles, que siempre se utilizaron como signo de los nómadas en las ilustraciones de los códices; también llevan arcos y flechas, a los que se asocia con los chichimecas. Por otra parte, la nariguera era un símbolo de la civilización tolteca, en la que fueron iniciados de este modo.

En realidad, los chichimecas que llegaron al Valle de México en este tiempo ya estaban semicivilizados, y presentarlos como toscos nómadas es poco más que un convencionalismo literario. En la lista de los que fueron a Cholula a rescatar a los toltecas está un líder llamado Mixcóatl, que también era el nombre del dios de la caza. En vez de ir a Cholula, él y su banda se separaron y fueron a Culhuacán, en donde se casó con una dama de ese lugar llamada Chimalma. Les nació un hijo llamado Topiltzin Quetzalcóatl. No sólo Mixcóatl era el nombre de un dios, sino que también Chimalma era uno de los muchos nombres de la diosa madre de la región. En esta historia, al igual que en muchas otras de México que combinan la leyenda y la historia, lo humano y lo divino están profundamente relacionados.

Este Topiltzin, después de hacer algunas conquistas, tomó el trono de Tula en aproximadamente 1150 d.c. y se convirtió en el último gobernante de esta ciudad antes de su caída. Huémac también es nombrado en ciertas versiones como el último gobernante, y esto ha conducido a pensar que Topiltzin fue en realidad un gran sacerdote, en tanto que Huémac era el gobernante laico. Pero estas distinciones son poco reales en el México antiguo, ya que el rey también cumplía funciones sacerdotales, y es más probable que Topiltzin y Huémac hayan sido cabezas contemporáneas de dos dinastías reinantes.

Algunos historiadores, en particular Wigberto Jiménez Moreno, insisten en que Topiltzin fue el primero y no el último monarca tolteca. Quetzalcóatl e incluso Topiltzin, eran tanto títulos como nombres y de hecho pudieron aplicarse no sólo al último, sino también a otros reyes de Tula,

inclusive al primero. Sin embargo, no se puede negar que la mayoría de los relatos que sobreviven describen al Topiltzin histórico como el último gobernante, no el primero, y lo relacionan específicamente con la caída de Tula y con Huémac, que sin duda pertenece a su final y no a su principio. Además, cualquier discusión sobre si Topiltzin fue el primero o el último gobernante se hace menos importante cuando se le considera a la luz de la noción cíclica de la historia que tenían los mexicanos. Según su concepto, si había un Topiltzin al principio tenía que haber otro al final; para Tula, él era tanto alfa como omega.

El episodio final ocurrió en 1175 más o menos. El reinado de Topiltzin había sido problemático. Tula, infiltrada primero por los chichimecas del norte, fue atacada por los huastecos que vivían al oriente. El territorio huasteco llegaba en esta época mucho más tierra adentro que en los tiempos de la conquista. Se dice que hechiceras de la Huasteca llegaron a Tula e introdujeron la práctica del sacrificio con un flechazo, aunque de hecho los toltecas no necesitaban lecciones en el arte del sacrificio humano.

Bajo la presión de la invasión exterior la lucha interna llegó a su apogeo, con Huémac y Topiltzin como líderes de facciones rivales. La división demostró ser fatal para ambos; Topiltzin abandonó primero Tula, pero la situación se había deteriorado tanto que unos años después Huémac también huyó y tuvo un violento final. Se dice que se ahorcó en Chapultepec, donde ahora está el famoso castillo que domina la ciudad de México.

Antes de que huyera Topiltzin, la leyenda narra que un hechicero, al que se describe indistintamente como el dios del Espejo Humeante o simplemente como un anciano, pudo llegar hasta el rey y le mostró su cara en un espejo. Aterrado por lo arruinado de su semblante, fue inducido a beber un trago de pulque, la bebida sagrada; en total bebió cinco veces.

El suceso es narrado en el libro tercero de la *Historia* de Sahagún. Para lograr sus fines, el nigromante preguntó primero por la salud de Topiltzin. Éste contestó que se sentía mal y que le dolía todo el cuerpo, como si se deshiciera. El extranjero le ofreció entonces el pulque, diciéndole que sólo tomara un poco.

Y el dicho Quetzalcóatl gustó y probóla, y después bebióla diciendo: ¿Qué es esto? Parece ser cosa muy buena y sabrosa; ya me sanó y quitó la enfermedad, ya estoy sano...

...Quetzalcóatl bebióla otra vez, de que se emborrachó y comenzó a llorar tristemente, y se le movió y ablandó el corazón para irse, y no se le quitó del pensamiento lo que tenía por el engaño y burla, que le hizo el dicho nigromántico viejo...*

Después de esto, Tula fue azotada por presagios infaustos y por desgracias de todo tipo, inclusive sequía y hambre. El pánico se presentó cuando una montaña ardió de noche.

* Sahagún, *op. cit.*, p. 197. [T.]

...y las llamas parecían de lejos; y al tiempo que la veían alborotábanse y daban gritos y voces, y estaban desasosegados y decían unos a otros: ¡Oh toltecas, ya nos acaba la fortuna, ya perecemos, ya se acaba *Toltecáyotl*, ya nos vino la mala ventura!, ¡guay de nosotros!...*

El propio Topiltzin, al ver que su ciudad estaba condenada, envió por su principal plumajero, quien lo prepararía para su huida. En otra fuente, los *Anales de Cuauhtitlán*, se dice:

Hizo primero la insignia de pluma (*apanecáyotl*) de Quetzalcóatl. En seguida le hizo su máscara verde, tomó color rojo, con que le puso bermejos los labios: tomó amarillo para hacer las líneas faciales y le hizo los colmillos, a continuación le hizo su barba de plumas, de *xiuhtótotl* (ave de plumas rojas) y de *tlahquéchol* (ave de pluma azul), que apretó hacia atrás.**

Topiltzin tomó de nuevo el espejo y, al verse tan atractivamente arreglado, recuperó su valor. Entre los lamentos de su pueblo inició su largo viaje a la tierra del negro y el rojo, a la cual con frecuencia se identifica con la región maya:

Se dice que en este año 1 ácatl, habiendo llegado a la orilla celeste del agua divina (a la costa), se paró, lloró, cogió sus arreos, aderezó su insignia de plumas y su máscara verde. Luego que se atavió, él mismo se prendió fuego y se quemó; por eso se llama el quemadero ahí donde fue Quetzalcóatl a quemarse. Se dice que cuando ardió, al punto se encumbraron sus cenizas, y que aparecieron a verlas todas las aves preciosas, que se remontan y visitan el cielo: el *tlauhéchol*, el *xiuhtótotl*, el *tzinitzcan* (trogón), los papagayos... y tantos otros pájaros lindos... Según sabían, fue al cielo y entró en el cielo.***

Las crónicas terminan al narrar cómo Topiltzin permaneció en la tierra de los muertos y luego, al octavo día, reapareció como la Estrella Matutina. Una versión diferente de la historia, también obtenida de un informante indígena, simplemente dice que cuando llegó a la costa se adentró en el mar en una balsa de serpientes.

La autoinmolación de Topiltzin Quetzalcóatl dio origen a la leyenda de que un día regresaría desde el oriente, no sólo como el planeta Venus, sino como un ser de carne y hueso; esto le proporcionó a Cortés la oportunidad de pretender ser la encarnación del héroe divinizado.

Esta historia, en la que el mito y la leyenda están muy estrechamente relacionados, es narrada en dos niveles: el humano y el divino. Ambos rivales humanos, Topiltzin y Huémac, toman forma divina. Topiltzin regresa como Estrella Matutina, en tanto que Huémac se convirtió en el rey del

* *Ibid.*, p. 201. [T.]

** *Códice Chimalpopoca* ("Anales de Cuauhtitlán"), UNAM, México, 1975, p. 9 (traducción directa del náhuatl de Primo Feliciano Velázquez). [T.]

*** *Ibid.*, p. 11. [T.]

inframundo, al cual regía desde una gran caverna subterránea; el infortunado Moctezuma II, petrificado por la noticia del avance de los españoles hacia su capital, fue presa de tan gran pánico que incluso le suplicó a Huémac que le diera asilo en su reino subterráneo.

Las crónicas que han sobrevivido sobre el final de Tula son naturalmente versiones aztecas, recitadas interminablemente en la escuela de los nobles y guerreros, el *calmécac*, y transmitidas a lo largo de los siglos de generación en generación. Por su ascenso a los cielos, Topiltzin triunfó sobre el desastre. A pesar de sus defectos y desgracias, para los aztecas se convirtió en un poderoso héroe y en antecesor de su propia dinastía real.

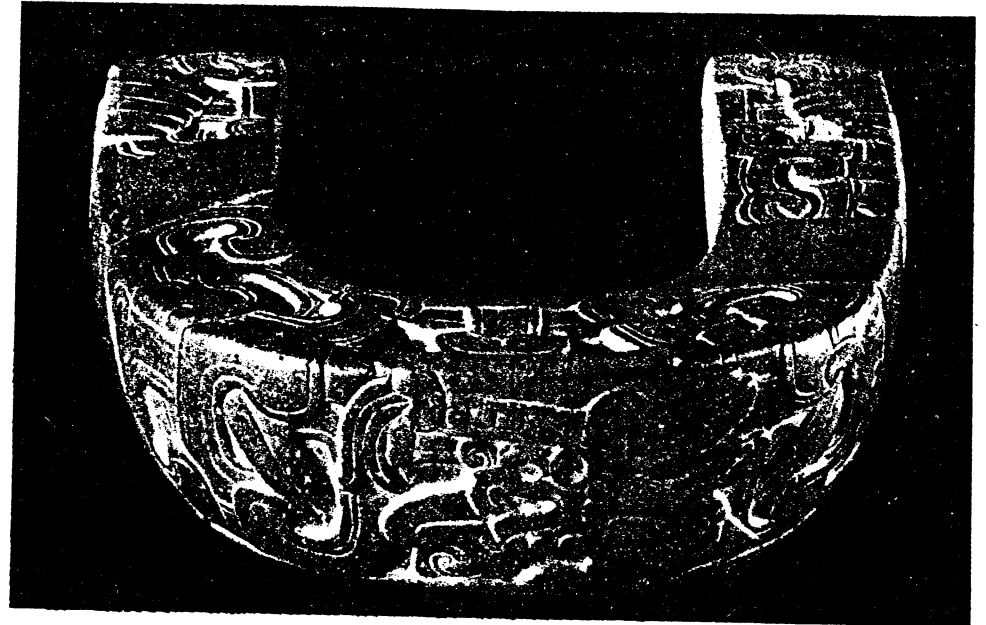
Otras fuentes históricas dan causas más mundanas para la caída de Tula: algunas se refieren a guerras internas y externas, en tanto que otras mencionan sequías y heladas que hicieron fracasar las cosechas. Pero estas historias también deben considerarse con cuidado. Tula dependía más del agua del río Tula que de la lluvia estacional, escasa en el mejor de los casos. Aun en años de poca lluvia el nivel de este caudaloso río, cuyas aguas habrían fluido sin ningún desvío a la región de Tula en esos días, difícilmente habría descendido tanto que no pudiera irrigar suficiente tierra para alimentar a la población de la ciudad. Además, se habrían podido obtener alimentos del Valle de México, controlado por los toltecas y ricamente dotado de agua y de productos del lago; en aquel entonces estaba mucho menos poblado que en tiempos de los aztecas. Por otra parte, como Tula comerciaba con la húmeda costa del Golfo, también pudo traer alimentos de allí.

La caída de Tula, al igual que la de Teotihuacán, fue con seguridad causada por una combinación de ataques externos y tensiones internas: su estructura de clases tenía en el vértice a un reducido y poderoso grupo y, para una ciudad de su tamaño, la extensión de las conquistas fue muy ambiciosa. El desplome gradual de la frontera noroccidental de Mesoamérica fue crucial para su decadencia. La gran fortaleza de La Quemada, situada unos 480 kilómetros al noroeste de Tula, ya había sido tomada por los chichimecas, empujados rumbo al sur a partir del siglo XII por la expansión de la zona de Aridoamérica hacia la región de la actual frontera entre los Estados Unidos de Norteamérica y México. El retroceso de los pueblos civilizados hasta las propias puertas de Tula estaba en proceso mucho antes de su caída; en la época de la conquista española la región de Guanajuato, no lejos de Tula, estaba habitada solamente por chichimecas y la cerámica del lugar pertenece a los tiempos prechichimecas.

Después de que aparecieron las primeras grietas en la estructura social en 1125, con la salida de un grupo a Cholula, se inició un proceso gradual de decadencia, acelerado por la presencia de nómadas en las cercanías, contra los cuales había pocas defensas naturales. Otras divisiones, acompañadas de problemas económicos, condujeron a la caída de la dinastía principal en 1175.

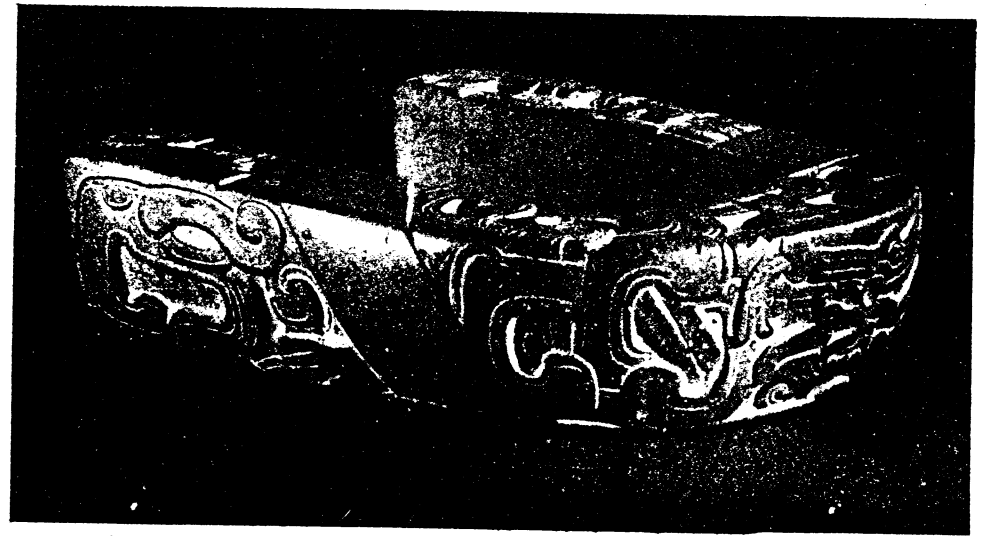
Las fuentes históricas insisten en que Tula fue completamente abando-

nada. Sin embargo, a diferencia de Teotihuacán, aún era importante en tiempos de los aztecas. Por lo tanto, incluso si su población se redujo drásticamente en el momento de su caída en el siglo XII, volvió a surgir una vez más, aunque esta Tula más tardía ya no regía un imperio. La arqueología muestra que la región circundante estaba más densamente poblada en el último siglo previo a la conquista, que el sistema de irrigación era más complejo y que la población en la periferia de Tula también era muy grande. No sólo Acosta descubrió que varios edificios de la acrópolis fueron utilizados e incluso modificados después de la caída de Tula, también Eduardo Matos pudo demostrar que el juego de pelota en el lado occidental de este recinto alcanzó su mayor tamaño justo antes de la conquista.



a) Vista anterior de un "yugo" de piedra verde; en relieve, un hombre disfrazado de águila; en los extremos, cabezas de águila (42 cm de largo). (Totonaca; Cempoala, Estado de Veracruz)

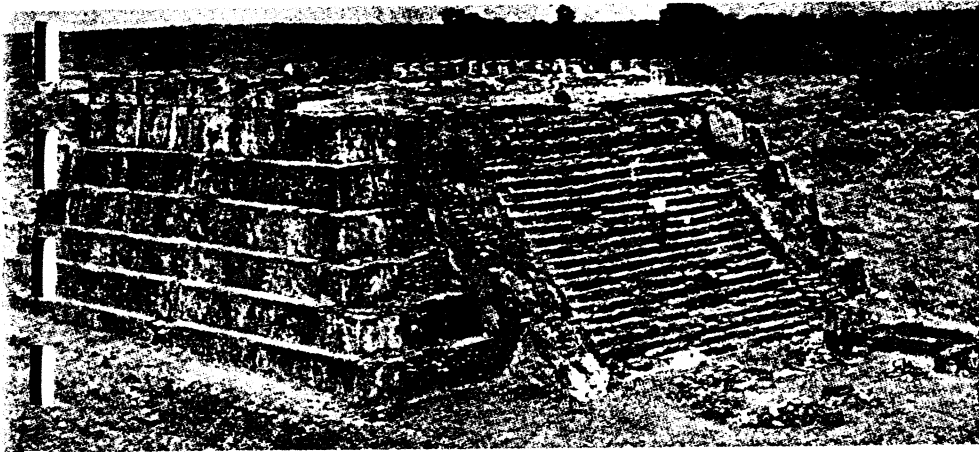
b) El mismo; vista lateral



a) "Palma" en forma de garza (39 cm de alto). (Totonaca; Estado de Veracruz)

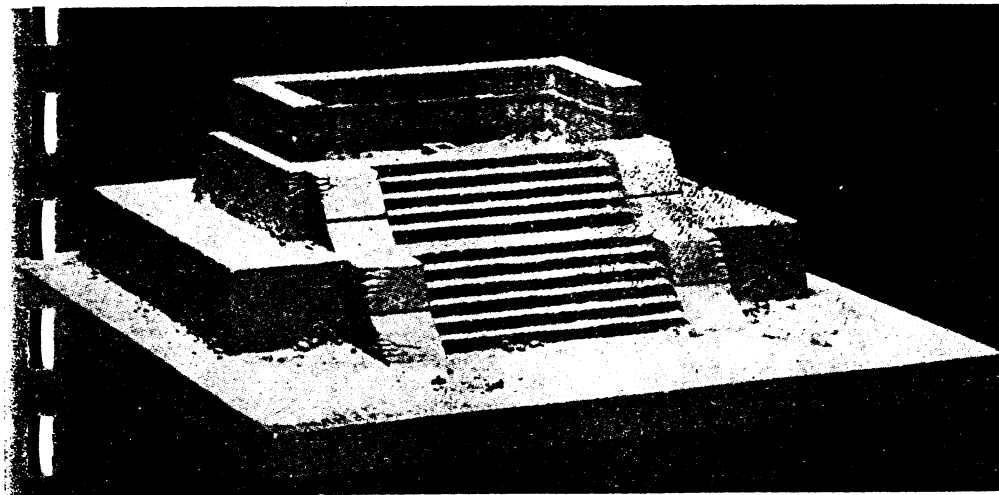


b) "Palma" (escultura prismática de piedra) antropomorfa (57 cm de alto). (Totonaca; Estado de Veracruz)



a) Pirámide escalonada del "Templo de las Chimeneas". (Totonaca; Cempoala, Estado de Veracruz)

b) Modelo del "Templo de las Caritas" (Cempoala)





"Hacha votiva" con forma de un grotesco rostro humano (29 cm de alto).
(Olmeca; Estado de Oaxaca)



"Palma" en forma de un acróbata. (Totonaca; Papantla, Estado de Veracruz)



a) Figura de barro de dos sacerdotes sobre un trono o un altar. (Totonaca; Ranchito de las Animas, Estado de Veracruz)

) Plato de barro con intura blanca, amilla y roja sobre fondo de color natural: abeza estilizada de ve; estilo de la cerámica de la Isla de sacrificios (Vainillas, Estado de Veracruz)



b) Figura de barro de un sacerdote con los dientes limados. (Totonaca; Ranchito de las Animas)

b) Plato de barro con pintura anaranjada sobre fondo café: zarigüeya. (Cerro Montoso, Estado de Veracruz)





a) Una diosa huasteca vista de frente (142 cm de alto). Hacienda Tobalo a orillas del río Pánuco (Estado de Veracruz)



b) Vista posterior de la misma diosa